

desde  
América

# Álbum patriótico conmemorativo dedicado a la Asociación Canaria

En el segundo aniversario de su fundación

*Manuel Fernández Cabrera [ed.]*



Manuel Fernández Cabrera

Nació en Santa Cruz de La Palma en 1885. Hijo de un cubano, Vicente Fernández Torres, y de una palmera, Heraclia Cabrera González. Junto con su paisano Tomás Felipe Camacho, y recién llegado a Cuba, editó el órgano de la asociación canaria, *Cuba y Canarias*. En la Perla de las Antillas trabajó como periodista en *El Heraldo de Cuba*, un rotativo habanero de gran tirada. En apenas cinco años su prestigio como reportero se vio cimentado por su labor como corresponsal en México, Venezuela y los Estados Unidos. De esa experiencia periodística nacieron sus libros *Mi viaje a México: a propósito de la revolución* y *Mi viaje a Venezuela*. Regresó a La Palma por motivos de salud, allí publicó algunas de sus últimas crónicas periodísticas en el rotativo palmero *¡Verdún!*, hasta que falleció, en 1918.



**Álbum patriótico  
conmemorativo dedicado  
a la Asociación Canaria**

**En el segundo aniversario  
de su fundación**

# Álbum patriótico conmemorativo dedicado a la Asociación Canaria

En el segundo aniversario  
de su fundación

Manuel Fernández Cabrera (ed.)

Edición y estudio crítico de  
Manuel Hernández González



**Colección dirigida por: Manuel Hernández González**  
**Directora de arte: Benita Domínguez**  
**Control de edición: Vanessa Rodríguez Breijo**

**Álbum patriótico conmemorativo dedicado a la Asociación Canaria. En el segundo aniversario de su fundación**  
**Manuel Fernández Cabrera (ed.)**

**Primera edición en Ediciones Idea: 2010**

© De la edición:

Ediciones Idea, 2010

© Del estudio crítico:

Manuel Hernández González, 2010

**Ediciones Idea**

San Clemente, 24, Edificio El Pilar  
38002 Santa Cruz de Tenerife.

Tel.: 922 532150

Fax: 922 286062

León y Castillo, 39 - 4º B

35003 Las Palmas de Gran Canaria.

Tel.: 928 373637 - 928 381827

Fax: 928 382196

[correo@edicionesidea.com](mailto:correo@edicionesidea.com)

[www.edicionesidea.com](http://www.edicionesidea.com)

**Fotomecánica e impresión: Publidisa**

**Impreso en España - Printed in Spain**

**ISBN: 978-84-9941-237-5**

**Depósito legal: TF-740-2010**

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por medio alguno, ya sea electrónico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo y expreso del editor.

## Índice

Estudio crítico, Manuel Hernández González.....	11
El asociacionismo en Cuba .....	13
La Asociación Canaria de Cuba en el siglo XX.....	25
La restauración de la Asociación Canaria en 1906. Su álbum conmemorativo de 1908.....	31
Álbum patriótico conmemorativo dedicado a la Asociación Canaria. En el segundo aniversario de su fundación .....	37
Nota de los editores .....	39
La colonia canaria .....	48
Nota bene... ..	67
I .....	71
II .....	77
III .....	85
IV .....	91
V .....	97
VI .....	115
VII .....	123
VIII .....	129

IX .....	129
X .....	133
XI .....	141
XII .....	147
XIII .....	153
XIV .....	159

# Estudio crítico

*Manuel Hernández González*



## El asociacionismo en Cuba

La precursora del asociacionismo canario en Cuba fue la Junta de Beneficencia Canaria, fundada en La Habana en 1861, auspiciada por el gobernador civil de las Islas con una finalidad eminentemente filantrópica. Su junta directiva estuvo integrada por sectores acomodados de la colonia, entre los que destacaban los intelectuales Francisco Campos, vicerrector de la Universidad de La Habana; el catedrático de Literatura Domingo de León y Mora y el canónigo Federico d'Escoubet. Su objetivo fue vincular «a los treinta o cuarenta mil canarios que residen en Cuba», para contribuir según su fortuna en un proyecto en auxilio de sus paisanos y en pro de la construcción de un hospital de desamparados y otros establecimientos de beneficencia.

Diez años después, una polémica figura de la emigración canaria, Andrés Stanislas, redactor del periódico ultrarreaccionario *La Voz de Cuba* y del conservador *Diario de la Marina*, propondría en plena Guerra de los Diez Años las suntuosas fiestas de la comunidad canaria en Matanzas de 1872, con un objetivo claramente españolista, tratando de promover su adhesión a la causa<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> *Crónica de las fiestas de la Candelaria y Feria-exposición celebradas en Matanzas por los hijos y oriundos de las Islas Canarias en febrero de 1872*, Matanzas, 1872; 2ª ed., Tenerife, 2009.

La participación de un significativo número de canarios en el ejército mambí y la identificación progresiva del campesinado isleño con la insurrección, llevó a las autoridades a promover su españolidad. El embajador norteamericano Cushing precisó que

de los muchos habitantes de las Islas Canarias que emigran, casi todos van a Cuba. La influencia política de los isleños, como son conocidos, es considerable en algunas partes de Cuba, donde también han propagado las imperfecciones y oscuridades de pronunciación y consecuente confusión de habla característica de los isleños de Canarias. Como consecuencia de todo esto [Puerto Rico] ha estado siempre exento del espíritu insano de crónica rebelión, que ha sido tan predominante en Cuba, y el cual, cualesquiera pretextos e incluso plausibles razones que puedan alegarse en los deseos de buen criterio del Gobierno superior, tienen su causa real en el carácter, conducta y modo de vida de los cubanos mismos, como demuestra el opuesto estado de cosas existente en Puerto Rico y las consecuentes paz, satisfacción y prosperidad de la Antilla menor<sup>2</sup>.

La voluntad de involucrar a los canarios en la insurrección fue sentida y estimulada por los dirigentes independentistas desde mediados del XIX. Con ironía Antonio Franchi Alfaro publicó en 1856 una supuesta visión del viajero norteamericano Demoticus Philaethes de la realidad cubana, en la que contrapuso a los españoles frente a los canarios:

---

<sup>2</sup> *Papers relating to the Foreign relations of the United States transmitted to Congress*, vol. II, Washington, 1875, p. 1138.

Los españoles en Cuba tienen muchas ventajas sobre los criollos para llegar a alcanzar riquezas. El Gobierno les da una decidida protección, aunque finja una gran imparcialidad. La burocracia, que es completamente monopolizada por ellos, les proporciona contratos muy ventajosos con la Hacienda Pública. Se les recompensa generalmente con los grandes trabajos en los más ventajosos términos [...]. Los más útiles e importantes colonos de Cuba son los nativos de las Islas Canarias, no solo porque comúnmente traen consigo algún dinero, sino porque cultivan la tierra y resisten el calor y la lluvia de forma tan efectiva como los negros. Ellos tienen, sin embargo, esa ventaja sobre los españoles, a quienes solo les gusta trazar con negocios que requieran muy poca labor. Ellos también simpatizan y encuentran amistad entre los criollos. Ellos los prefieren en las ocupaciones como mayores, pastores de ganado, etc., pues son industriosos y resistentes trabajadores [...]. Son sospechosos de ser políticamente apegados a los criollos<sup>3</sup>.

Franchi publicó un manifiesto en Nueva York en 1852 en el que exhortaba a los canarios a luchar por la independencia de Cuba:

Simpatizáis con nosotros porque también habéis sido indignamente tratados en algunos de vuestros compatriotas [...], sufrís con nosotros las extorsiones, la insolencia y la suspicacia de los gobernantes. No temáis, canarios, los gritos rabiosos y las amenazas que para atemorizar exhalan algunos insensatos peninsulares. La parte ilustrada de ellos conoce que su suerte está unida a

---

<sup>3</sup> Cit. en PAZ SÁNCHEZ, M. de y HERNÁNDEZ GONZÁLEZ, M.: *La esclavitud blanca. Contribución al estudio del inmigrante canario en América. Siglo XIX*, Tenerife, 1992, pp. 153-154.

la nuestra, como nosotros son saqueados para sostener el lujo y los vicios de los altos empleados de La Habana y Madrid, como nosotros no gozan de derechos ningunos desde que pisan esa isla<sup>4</sup>.

La Junta libertadora de Puerto Príncipe en 1851 sostuvo que debía incluirse en las filas emancipadoras «a los fuertes isleños de las Canarias que aman a Cuba como su patria y que han tenido a un Hernández y a un Montes de Oca que han sellado con la prueba del martirio la heroica decisión de los suyos por nuestra causa»<sup>5</sup>.

Estas fiestas se convertirán en las impulsoras en ese mismo año de la erección de la Asociación Canaria de Beneficencia y Protección Agrícola. Integrada por canarios de las clases acomodadas, surgió para auxiliar a sus paisanos necesitados y para proporcionar protección a los agricultores. Trató de regular las contratas y reconducir a la larga al jornalero isleño hacia su conversión en colono y más tarde en propietario. Precisamente uno de sus promotores, José Curbelo, estuvo directamente interesado en tales proyectos. En sus cinco primeros años, su vida fue lánguida. Solo contaba con 107 socios en 1877. Reactivada en la asamblea del 17 de junio de 1877, con una nueva junta directiva, se logró alcanzar los 273. Una nueva reforma reglamentaria se dispuso a acometer su transformación, pues desde su erección solo había posibilitado, y de forma imperfecta, el auxilio a los canarios más necesitados. Aprobada por el gobierno

---

<sup>4</sup> FRANCHI ALFARO, A.: *Manifiesto*, Nueva York, 1852, p. 2.

<sup>5</sup> Cit. en MARRERO, L.: *Cuba. Economía y sociedad*, tomo 15, Barcelona, 1987, p. 182. Bernardino Hernández, dueño de una fonda, murió condenado a garrote vil por haber entregado a un ayudante de Narciso López el mejor caballo de la cuadra. Graciliano Montes de Oca fue detenido cuando buscaba un práctico para la expedición, siendo ejecutado igualmente.

general de la isla el 16 de agosto de 1878, siguió recogiendo esa finalidad filantrópica, pero insistió también en la protección del campesino frente a su explotación. Al mismo tiempo trató de orientar la afiliación hacia miembros con recursos y trabajo fijo, ya que de otra forma solo se integrarían en ella personas con la finalidad de ser socorridos<sup>6</sup>.

Coexistieron con la asociación otros centros y organizaciones isleñas, en La Habana y en otras regiones de la isla como la Asociación Protectora de Inmigración Canaria y de Beneficencia de Matanzas, erigida el 1 de septiembre de 1878, que dio origen a otros centros en la propia Matanzas, Cárdenas o Camajuaní.

Junto con la proyección asociativa, difícil en una colonia como la insular dispersa por toda la isla, en su medio rural, y no concentrada en las grandes ciudades, como acontecía con la gallega o la asturiana, la prensa fue su portavoz y valedor ante las autoridades. Aunque hubo periodistas canarios combativos como Manuel Linares, Pérez Carrión, Gómez Wangüemert o Fernández Cabre-ra, que denunciaron desde la prensa las vejaciones sufridas por sus paisanos, los periódicos específicamente canarios serían la expresión señera de su identidad en la Cuba del tránsito del siglo XIX al XX, siendo también los impulsores de su asociacionismo.

Linares combatió la constitución de una compañía importadora de trabajadores libres, cuyo objetivo central era dotar de mano de obra blanca a los ingenios en condiciones manifiestamente favorables a sus propietarios, haciendo que permanecieran endeudados con ellos. Se quería contraponer a la creación de esa compañía la conveniencia de arbitrar la concesión de terrenos y la exención de gravámenes para favorecer la atracción de familias pobladoras.

---

<sup>6</sup> CABRERA DÉNIZ, G. J.: *Canarios en Cuba: un capítulo en la historia del Archipiélago*, Las Palmas, 1996, pp. 292-295.

Con un claro antecedente en *El Canario* de 1810, en plena época de eclosión de la trata, que trataba de responder a la adaptación de los campesinos isleños a la nueva situación, su primer vocero, *El Mencey*, surgió en 1864 dirigido por el autonomista canario y promotor de una empresa de colonización, José Antonio Pérez Carrión, autor en los últimos años del dominio colonial de una monumental obra en tres tomos sobre los canarios en América<sup>7</sup>. Publicado semanalmente entre 1864 y 1866 con una imprenta adquirida por emigrantes canarios en Nueva York, sus objetivos fueron servir como vehículo organizativo, como dignificador de sus condiciones de vida y como fomentador de la cultura y la educación.

José Tabares y Sosa dirigió entre 1884 y 1886 *La Voz de Canarias*. Aspiraba a convertirse en el portavoz de esa colonia, defendiendo a los emigrantes canarios en Yucatán y oponiéndose a su marcha a Venezuela. Su actitud combativa le llevó a ser secuestrado en dos ocasiones. Hubo otros medios de comunicación de la colonia en los últimos años del dominio colonial español, tales como *El Eco de Canarias*, *Revista de Canarias*, *Las Canarias* y *Las Afortunadas*. De todos ellos, el de más larga duración fue *El Eco*, que mantendrá una actitud crítica contra el Gobierno central, llegando a predecir la ruptura con la metrópoli a pesar de la dura censura existente en los medios de comunicación de la isla, contra la que replicaron abiertamente. Se comprometió también activamente en la lucha contra la explotación sufrida por los jornaleros canarios.

La labor más significativa de la Asociación Canaria en esos años fue la de oponerse a los abusos que sufrían los jornaleros canarios. En 1878 se dirigió al capitán general de la isla protestando

---

<sup>7</sup> PÉREZ CARRIÓN, J. A.: *Los canarios en América o influencia de los mismos en el Descubrimiento del Nuevo Mundo, Fomento de su población, desarrollo de su agricultura, industria y comercio*, 3 tomos, La Habana, 1895-1898. Existe edición moderna, Tenerife, Ediciones Idea, 2004, con estudio crítico y biográfico de Manuel Hernández González.

por las condiciones de sobreexplotación que emanaban de los proyectos de introducción de trabajadores libres. Para evitarlo propuso que el Estado se hiciera cargo de su transporte. Por otro lado solicitó la redacción de un plan de colonización. Era preciso estimular la inmigración con medidas atractivas al entender que la familiar sería el cimiento de la prosperidad general. Los hacendados solo buscaban hombres que por un módico salario trabajaran en su provecho. No les interesaban familias que pudieran causarles gastos y problemas.

La campaña emprendida por intelectuales isleños e individuos instruidos procedentes de sus clases medias tuvo alguna efectividad, tratando de mejorar las condiciones humillantes de tales contratas. Fue notable, desde esa perspectiva, la actitud de los profesores universitarios de ese origen. Teófilo Martínez de Escobar, Domingo Fernández Cubas, Domingo León y Mora, Francisco Campos y López, Pablo Valencia, Valeriano Fernández Ferraz y un largo etcétera dejaron sentir su influencia en el magisterio y en todos los órdenes en la sociedad cubana.

El asociacionismo fue antes que nada un proyecto de canarios de las clases acomodadas que trataba de dignificar la imagen negativa de la colectividad isleña en la isla, esa acepción genérica que denunciaría Fernández Cabrera de «ignorante, incivil, ogro, africanote..., esclavo presto y sufrido para cumplir deberes, y sin dignidad ni valor para exigirlos»<sup>8</sup>. El 26 de julio de 1878, el presidente de la Asociación, José Pérez Galván, dirigió al capitán general unas atinadas observaciones:

la principal fuente de riqueza en esta isla es la agricultura y como muchos temen que en lo futuro puedan faltar

---

<sup>8</sup> FERNÁNDEZ CABRERA, M.: *Mis patrias y otros escritos*, introducción y antología de Manuel de Paz, Tenerife, 1991, p. 84.

brazos, por consecuencia de la solución que se dé al problema de la esclavitud; de ahí que la cuestión de brazos sea una de las que más preocupan a los hombres que piensan en el porvenir; y de ahí que sean numerosos los proyectos sobre inmigración de hombres libres, con destino a los trabajos agrícolas<sup>9</sup>.

Sucedía, sin embargo, que algunos de estos proyectos habían alarmado a cierto sector de la prensa y de la opinión pública, «por haberse atendido en ellos demasiadamente el interés de los propietarios», en detrimento del inmigrante<sup>10</sup>. Se indicaba que el isleño podría verse abocado a suscribir «contratos odiosos, a trueque de un pedazo de pan con que satisfacer las necesidades del momento», como había sucedido en otras épocas críticas, cuando, por su pobreza y por la avaricia de los enganchadores, había firmado «contratos usurarios sobre la venta de su libertad, reduciéndolos a la condición de esclavos». No se trataba de rechazar la inmigración, sino de conseguir que fuera en «condiciones racionales y justas»<sup>11</sup>.

La Asociación sometió a la aprobación de la primera autoridad colonial, «dos proposiciones». En primer lugar, que el Estado se hiciese cargo del transporte de los inmigrantes, al entender que este era el mayor obstáculo al que se enfrentaban los canarios, carentes de «recursos para pagar sus pasajes». Mediante este procedimiento, que redundaría en beneficio de la Gran Antilla, «dos inmigrantes contratarían aquí libremente el precio y las condiciones de su trabajo, sin cuya libertad, la obligación se convierte en servidumbre». La asociación estaba dispuesta a

---

<sup>9</sup> Archivo Nacional de Cuba (ANC), Gobierno general, leg. 141, expediente 19454.

<sup>10</sup> *Ibidem*.

<sup>11</sup> *Ibidem*.



prestar toda su colaboración, «ya facilitándoles un local en que puedan albergarse, mientras encuentran trabajo, ya procurándoles ocupación», pues sus escasos recursos no alcanzaban para mayores empresas<sup>12</sup>. Y, en segundo término, se propone un auténtico plan de colonización, pues sobraban tierras y era preciso estimular con medidas atrayentes la migración familiar, que aumentaría «la población inteligente y trabajadora», porque, cuando el asunto se entregaba

al interés privado, el propietario solo busca hombres que por un salario, más o menos suficiente, trabajen en su provecho. Entonces no le convienen familias, que podrían causarle gastos superfluos, sino tan solo hombres trabajadores, con pocas necesidades, a fin de [que] los precios del trabajo disminuyan.

Se trataba, en fin, de solicitar que el reparto —dispuesto por las autoridades metropolitanas— de tierras baldías y realengas, bosques del Estado, terrenos de propios y arbitrios, y donaciones de los terratenientes, destinado a los licenciados del Ejército y a los voluntarios movilizados en Cuba, así como a los individuos presentados a indulto —los famosos terrenos «realengos»—, se hiciera extensivo a los inmigrantes de Canarias y de otros pueblos del Estado. Como puede verse, se pretendía adelantar en una década el proyecto colonizador del general Salamanca. Con este método, además, los canarios dejarían de emigrar a otras regiones de América y marcharían a Cuba<sup>13</sup>.

Esta exposición respondía, ciertamente, a la realidad de la inmigración isleña en aquellos momentos. El conde Francisco

---

<sup>12</sup> Ibidem.

<sup>13</sup> Ibidem.

F. Ibáñez, en colaboración con su representante en Canarias Luis J. Duggi, proveía a sus colegas del Círculo de Hacendados de fuerza de trabajo isleña, en condiciones francamente onerosas para los trasterrados<sup>14</sup>. La situación parece que remitió algo, al menos coyunturalmente, a raíz de las protestas del Centro canario. El escritor Serafín Ramírez así lo confirma:

El año de 78-79, y este es uno de los rasgos que más la enaltecen, hizo frente con decisión inquebrantable y enérgica a la ruinosa inmigración de colonos canarios, que venían contratados para trabajar en las fincas azucareras; redimiéndolos a todos –y cuidado que pasaron de cinco mil– de tan crueles y ruinosos contratos.

También, Manuel Linares, director del *Centinela canario* en 1878 y de otros periódicos cubanos, escribió sobre estos hechos, al expresar la solidaridad de los canarios de la Gran Antilla con los que acababan de llegar y se veían libres de la servidumbre:

Comida abundantísima, catres, tabacos, cigarros, todo cuanto reclaman las necesidades materiales les sobró a aquellas ha poco desventuradas criaturas que, obligadas por las inclemencias del cielo a abandonar a su patria, suscribieron contratos vejaminosos, único recurso de que pudieron echar mano para salir de su triste situación<sup>15</sup>.

---

<sup>14</sup> HERNÁNDEZ GARCÍA, J.: *La emigración de las Islas Canarias a América en el siglo XIX*, Las Palmas, pp. 451-454.

<sup>15</sup> Cfr. «Ojeada retrospectiva», *El Guanche*, n.º 15, La Habana, 10 de noviembre de 1924, pp. 1-3.

Todavía en 1934 Luis Felipe Gómez Wangüemert<sup>16</sup> recordaba esa gesta:

Canarios, gallegos y chinos fueron peor tratados que los negros, ya en libertad, sustituyéndolos en condiciones depresivas, vejaminosas, indignas. Aquella Asociación Canaria, de grata recordación, supo libertar a los suyos anulando los infamantes «contratos», y extendiendo su acción protectora y reivindicadora a los gallegos, emancipándolos también del yugo opresor de los que se titulaban «los más y los mejores españoles»<sup>17</sup>.

La inmigración era necesaria para Canarias, por sus condiciones económicas marcadas por la escasez, y para Cuba, por la falta de brazos agrícolas, pero no de esa forma:

Canarias y Cuba necesitan una inmigración libre, desembarazada y lógica; una inmigración que tenga por base la propiedad para el honrado labrador que viene a enriquecer este suelo pródigo con el amargo sudor de su frente y no a vivir en el regalo y el ocio a la sombra del presupuesto.

De ahí que

los peninsulares y especialmente nuestros paisanos los canarios, no pueden, sin deshonorarse, cometer la cobardía de doblar el cuello bajo un porvenir preñado de

---

<sup>16</sup> Sobre este personaje cfr. PAZ SÁNCHEZ, M.: *Wangüemert y Cuba*, 2 vols., Tenerife, 1991 y 1992.

<sup>17</sup> GÓMEZ WANGÜEMERT, L. P.: «Notas de Cuba. Gallegos y canarios», *El Tiempo*, Santa Cruz de La Palma, 27 de marzo de 1934, p. 1.

desventuras. Que vendan billetes de Lotería mientras no se les garantice con un sistema agrícola decoroso y libre, que malo y todo como es la venta de los billetes, al fin es legal e imitan al Gobierno<sup>18</sup>.

Esa actitud combativa sería puesta de relieve en otras ocasiones. En mayo de 1887, *El Eco de Canarias* criticaba duramente la actitud de Miguel Sosvilla, patrón de la barca *Verdad*, a raíz de un reciente viaje a La Habana. Se creía en el deber de «protestar en contra de todo atropello que se cometa con nuestros paisanos», y afirmaba tener noticias de sus pasajeros, quienes «después de la infernal alimentación que recibían, tomaban el agua valiéndose de una *mamadera* sucia, negra como negra debe tener el alma el inquisidor que ha hecho tal invento»<sup>19</sup>.

En 1878 La Asociación Canaria de Beneficencia y Protección Agrícola modificó sus estatutos para promover la defensa de los inmigrantes y la protección agrícola. Por esas mismas fechas surgió la Asociación Protectora de Inmigración y de Beneficencia de Matanzas. Pero la respuesta en una comunidad dispersa, analfabeta y en su gran mayoría campesina fue escasa, lo que representó un serio hándicap para su continuidad. Los enfrentamientos internos fueron también otro obstáculo. En 1885 se planteó en su seno la creación de un centro de instrucción y recreo, con el objetivo de fomentar la cultura y el ocio. En 1889 surgió una en Camajuaní y poco después otra en Cienfuegos. Con graves dificultades se mantuvo en la capital un centro que ofrecía servicios médico-sanitarios, que ayudaba a los compatriotas pobres y que sostenía una biblioteca y una

---

<sup>18</sup> SALNERI, M. (M. Linares): *Dos palabras acerca del proyecto de los Sres. Ibáñez, Calvo, Pulido y More. Refutación de M. Salneri*, La Habana, 1878.

<sup>19</sup> Suplemento del *Eco de Canarias*, La Habana, 3 de mayo de 1887.

escuela nocturna. Pero en 1893 se acordó la disolución del Centro Canario forjado ocho años antes.

## La Asociación Canaria de Cuba en el siglo XX

En 1906 un grupo de isleños, ante la postración de la colonia, constituyeron una nueva Asociación, en la que debía de prevalecer tanto la instrucción como la beneficencia, estableciéndose entre sus objetivos prioritarios la creación de una Quinta de Salud. Las obras de esta última se iniciaron en 1911, inaugurándose, en 1922, un proyecto de gran calibre para la asistencia sanitaria de la colonia. Eran años de inmigración masiva en una isla en expansión, que demanda tanto braceros para la zafra como cultivadores de tabaco, en las nuevas regiones que se roturan. En 1908 editó un álbum conmemorativo. En solo dos años se hablaba de una cifra de socios que superaba los veinte mil. A tono con una población eminentemente rural diseminada por toda la isla, se establecieron más de 25 delegaciones por todo el país, particularmente en la región central. En los años 20 se alcanzó su apogeo, con cerca de 30 000 socios, 70 delegaciones y unos ingresos por cuotas de más de medio millón de pesos. A raíz de la Primera Guerra Mundial, en la que por el auge cubano y la grave crisis experimentada en Canarias se elevó la migración a su más alta cota, se invitó al periodista grancanario Francisco González Díaz a exaltar la labor y los logros de esa comunidad en la Perla de las Antillas, que plasmó en 1916 en *Un canario en Cuba*<sup>20</sup>.

El mayor anhelo de la asociación fue la creación de una Casa de Salud. Para tal fin adquirieron en 1911 un terreno de 70 000 m<sup>2</sup> en Jesús del Monte. Hasta entonces contaban con

---

<sup>20</sup> Editado en La Habana en 1916. Edición reciente en Tenerife, Ediciones Idea, 2006, estudio crítico y biográfico de Manuel Hernández González.

un hospital más reducido en la calle Carlos III, en el que atendían a 9255 asociados. La consecución de una ansiada Quinta de salud se dilató. En 1918 se compró la finca La Mora en el camino de Bejucal, con una extensión de 337 000 m<sup>2</sup>, se dio venta a las anteriormente adquiridas y se procedió a colocar su primera piedra el 2 de febrero de 1919. Se construyó el primer pabellón, de carácter administrativo, para dar paso en julio de ese año a otros tres destinados a enfermedades generales, cirugía y operados. En 1925 se inició la construcción de los de infecciosos, operados, enajenados e hidroterapia. Los cuatro primeros serían dedicados a canarios insignes: Domingo Fernández Cubas, Manuel Linares, Manuel Fernández Cabrera y Tomás Felipe Camacho. El primer pabellón se dedicó al director que impulsó las obras Domingo León y la avenida principal al presidente de la asamblea general Pedro Darías Mora. Contó finalmente con once pabellones, destinados tanto a operaciones como a tratamientos y a curaciones. Incluso se permitió la residencia de enfermos por pensión mediante convenios especiales. Fue un centro que utilizó las más avanzadas técnicas de la época. En 1934 se levantó en él una ermita a iniciativa del periodista Pablo Álvarez Caña, dedicada a Nuestra Señora de Candelaria. En 1961 sus instalaciones fueron incautadas por la Revolución y se convirtió en un centro psiquiátrico<sup>21</sup>.

Tales obras fueron posibles gracias a la incorporación en el movimiento de canarios procedentes de las clases acomodadas cubanas, como el dueño de la central lechera de La Habana, el grancanario Antonio Ortega, o su paisano, el banquero y empresario Luis Suárez Galván. Pudieron hacer frente como fiadores y donantes a las hipotecas que gravaron la realización de

---

<sup>21</sup> GUERRA LÓPEZ, D.: *La Quinta Canaria. Legado de la inmigración canaria a Cuba*, Tenerife, 2001.

la obra. No obstante, conviene señalar que el disfrute de sus ventajas asistenciales no fue generalizado, por sus altas cuotas, al conjunto de los inmigrantes. Los que contaron con menos recursos se afiliaron a otras menos onerosas en distintas mutualidades cubanas.

En 1917 se creó la Asociación de Beneficencia Canaria, en un ambiente de tensión en sus relaciones con la anterior. Dirigida por Cayetano Bethencourt Apolinario, se mostró crítica con la antigua metrópoli. En sus estatutos contempló una curiosa fórmula jurídica sobre la nacionalidad de sus miembros, «es y será siempre aquella que ejerza su soberanía en las siete Islas Canarias»<sup>22</sup>. Los años veinte fueron a la vez de apogeo y crisis del asociacionismo canario. Mostraron, por un lado, la pujanza de sus delegaciones en el interior de la isla, como la de Zaza del Medio con su órgano de prensa *Cuba y Canarias* y sus 1765 afiliados.

También se instituyeron otras de marcado carácter insularista, con escasa duración, como el Club Gomera o deportivas como el Canarias Sport Club. De forma minoritaria se proyectaron hacia el nacionalismo a través de antiguos ácratas como Cabrera Díaz o republicanos como Gómez Wangüemert, con la fundación en 1924 del Partido Nacionalista Canario, cuyo órgano de expresión sería *El Guanche*. En su origen se encontraba el estancamiento en que se hallaba la Asociación desde que irrumpió con toda su fuerza la depresión de 1929, una realidad crítica a la que no pudo dar respuesta.

La prensa será precisamente el mayor órgano de difusión de los ideales y anhelos de la comunidad isleña, especialmente de sus estratos más acomodados. Revistas como *Islas Canarias*, *Cuba y Canarias*, *Canarias*, *Las Afortunadas*, *Patria isleña*, *Tierra*

---

<sup>22</sup> CABRERA DÉNIZ, G. J., 1996, op. cit., p. 353.

*Canaria*, que se edita ya entre 1930 y 1932; y *Cuba y Canarias*, que lo hace en Zaza del Medio desde 1922, se convierten en su voz en la Perla de las Antillas, propugnando su integración en ella. Tras el crac del 29, salvo la citada *Tierra Canaria*, a tono con la crisis y la repatriación de una parte de los inmigrados, las publicaciones tuvieron una tirada y una duración cada vez más restringida, pero, no obstante, por lo menos tres nuevas cabecezas aparecen en las décadas de los 30 y los 40. Junto con noticias sobre la sociedad canaria y sobre la colectividad en la isla, algunas de ellas se identificaron políticamente con el nacionalismo, como *La Patria Isleña*, impresa entre 1926 y 1927 y dirigida por el republicano palmero y militante nacionalista Luis Felipe Gómez Wangüemert, o *Tierra Canaria*, editada entre marzo de 1930 y julio de 1931, y regentada por Benjamín T. Rodríguez, en la que se llegó a plantear la independencia del Archipiélago<sup>23</sup>.

Los años posteriores, con la depresión como detonante, originaron una corriente de retorno o de traslado a Venezuela. La grave crisis atravesada por la República, las dificultades de acceso a los empleos y el deterioro de los precios del tabaco y del azúcar tuvieron que afectar necesariamente a una colonia cada vez más reducida y en una situación cada vez más deteriorada. No obstante, dos nuevos periódicos nacerán en los cuarenta, *Atlántida*, dado a la luz en 1933 por Antonio Navarrete de Córdova, de carácter ilustrado y que nació como órgano de la Asociación, y el boletín *Cuba y Canarias* de 1938, de carácter quincenal y bajo la dirección de A. Castañeda<sup>24</sup>.

Tras la Segunda Guerra Mundial, una cierta mejora económica y la arribada de algunos emigrantes, bien por razones

---

<sup>23</sup> Esta última ha sido objeto de una edición facsimilar con estudio crítico de Manuel de Paz Sánchez, Tenerife, 2001.

<sup>24</sup> FERNÁNDEZ, D. W.: *Los periódicos canarios en América*, 2ª ed., Tenerife, 2000.



económicas o políticas, supuso una nueva rehabilitación del asociacionismo. Entre los últimos se significaron el grancanario Genaro Artiles, profesor de la Universidad Central de Madrid, y discípulo de su paisano Agustín Millares Carló, introductor de la paleografía en Cuba, y el médico gomero Feliciano Jerez Veguero. Precisamente sería este último el director de *Canarios en Cuba*, revista ilustrada y órgano oficial de la Asociación Canaria, que salió en la capital cubana entre enero y octubre de 1946.

En esos años las agrupaciones repartidas por toda la isla tuvieron que hacer frente, si querían subsistir, a las demandas de los inmigrantes, especialmente en el terreno médico y asistencial. Existían delegaciones, entre otras, en San Antonio de los Baños, Florencia, Morón, Ciego de Ávila, Taguasco, Zaza del Medio y Cabaiguán, pero no podían hacer frente, dada su debilidad económica, a tratamientos médicos y quirúrgicos. Solo la Quinta Canaria con 383 operaciones y 2388 enfermos internados durante 1945 podía dar una garantía de continuidad. Por ello, en 1943, para complementar la asistencia, se abrió un consultorio social en el centro urbano de La Habana. No obstante, a pesar de su buena acogida, los directivos eran conscientes de que solo la superación constante permitiría «captar un número de socios que vitalicen nuestra economía, ya que teniendo La Habana diez mil socios, nuestra asociación podría vivir tranquila, feliz y sin agobios»<sup>25</sup>.

Uno de los rasgos diferenciales históricos de la migración canaria fue la elevada presencia de la mujer. Tras el crac del 29 su situación se agravó considerablemente, por lo que para remediarla se constituyó en 1930 una organización de inmigrantes

---

<sup>25</sup> CABRERA DÉNIZ, G. J.: «La Quinta de salud Nuestra Señora de la Candelaria, un gran proyecto canario en Cuba», en *X Coloquio de Historia canario-americano*, tomo I, Las Palmas, 1994, p. 689.

isleñas, las Hijas de Canarias. Su finalidad era la asistencia sanitaria, la instrucción y el recreo de sus asociadas. Se constituyeron delegaciones en diferentes lugares de la isla y atención su salud a través de convenios con hospitales privados hasta que el 19 de junio de 1931 erigió el sanatorio Hijas de Canarias. Sin embargo, lo exiguo de sus capitales se constituyó en un obstáculo para continuar sus labores médico-asistenciales, disolviéndose el 3 de diciembre de 1952.

El triunfo de la Revolución supuso la supresión de la Asociación y la incautación de sus bienes por parte del Gobierno. El exilio de una parte de la comunidad canaria condujo en fechas recientes a la creación en Florida, especialmente en Miami, de Casa de Canarias, formada tanto por canarios como por descendientes de ellos. Al mismo tiempo, en los Estados Unidos se revitalizaron movimientos de descendientes de isleños en San Antonio de Texas y Luisiana, que constituyeron museos y agrupaciones para rescatar y dignificar sus aportes culturales en esos territorios.

A partir del llamado periodo especial, en los noventa, el régimen legalizó la Asociación Canaria bajo la denominación de Leonor Pérez, la madre del Apóstol cubano. Gracias a las aportaciones del ejecutivo canario se restauró para su sede el antiguo Colegio de Ingenieros en Centro Habana. Se dio paso a la época de los hermanamientos entre localidades de ambos lados del Atlántico. Nuevas delegaciones se abrieron en muchas de ellas, contando con un número elevado de socios. Por imperativos de edad, serían mil aproximadamente los naturales de Canarias, mientras que la gran mayoría eran sus hijos y nietos. En las ciudades de arraigo isleño como Cabaiguán o Sancti Spiritus se constituyeron museos donde se glosaba su contribución al devenir histórico nacional, surgieron agrupaciones folclóricas y se crearon premios literarios y de investigación histórica financiados por el gobierno autónomo.

## La restauración de la Asociación Canaria en 1906. Su álbum conmemorativo de 1908

Tras el fin del dominio colonial español y el periodo de ocupación militar norteamericana, los canarios trataron de reorganizar sus entidades asociativas. Hubo antes varios intentos frustrados del padre José Viera y Martín, sacerdote grancañario, natural de Carrizal de Ingenio, que desempeñó un papel relevante en la colonia canaria en Cuba, y de los inmigrantes de la zona tabaquera de San Carlos, que intentaron impulsar ese espíritu a través de la solidaridad. En el primero de los casos con las dos islas más orientales del Archipiélago, asoladas por una estremecedora sequía, o con los del habitantes del Valle de Aridane, que ansiaban construir un paseo en los Llanos. El experimento fructificó con la reunión el 16 de agosto de 1906 de un grupo de paisanos en la casa de Domingo Amador García. En ella se abordó la postración de la colonia, que no había posibilitado en los años precedentes una mínima infraestructura organizativa. Se impulsó a partir de entonces la erección de una sociedad, para lo que se convocó a la prensa y a los medios de la colonia. El periodismo hasta esas fechas se había convertido en un catalizador de la reorganización de ese movimiento con publicaciones como *Cuba y Canarias*, cuyo primer número era de marzo de 1906 y que tenía como principal objetivo la erección de una asociación canaria.

Las comisiones organizadora y redactora de sus estatutos estuvieron dirigidas por Domingo Amador. Actuó como secretario Camilo Romero Lecuona. Su primera junta directiva, elegida el 11 de noviembre de 1906, fue presidida por Antonio Pérez y Pérez. Sus vicepresidentes fueron Domingo Amador y Antonio Suárez Franco, su secretario el referido Romero Lecuona y su tesorero Gorgonio L. Brito. En apenas dos años, en

una época de intensa migración isleña a la Perla de las Antillas, la cifra de socios superó ampliamente los veinte mil, al tiempo que sus delegaciones se extendieron por toda la isla, mostrando el arraigo y la extensión de la colonia canaria por todo el medio rural<sup>26</sup>.

En esa etapa de euforia organizativa, tan solo dos años después de su erección, en diciembre de 1908, se dio a la luz en La Habana el libro que presentamos con este estudio crítico, *Álbum patriótico conmemorativo dedicado a la Asociación Canaria en el segundo año de su fundación*. Fue una etapa de expansión de la sociedad por todos los confines de la isla. En 1909, como reseña Luis Felipe Wangüemert su número de socios era de 28 968, superando al asturiano, que albergaba 28 384 y al gallego, que contaba con 24 677. Además, no se habían computado los miembros de las delegaciones recién constituidas por toda la geografía insular, que muestra este libro en su recorrido por todos los pueblos de la Gran Antilla, por lo que el número de isleños asociados podía rondar los treinta mil, cifra que se incrementaría en poco tiempo, hasta el punto que este destacado periodista palmero subrayaría en 1909 que

grande, inmensa será la influencia social del Centro canario en Cuba. Su misión en lo porvenir no ha de ser tan solo benéfica y fraternal. Pudiera ser también instructiva, educativa, cultural, modificando grandemente a los hombres que de aquí van; haciéndolos ciudadanos aptos para el ejercicio de todos los derechos y conocedores de todos los deberes. Así, los que se quedan, cuantos constituyan

---

<sup>26</sup> Véase sobre ese movimiento asociativo, MEDINA RODRÍGUEZ, V.: *Canarias-Cuba. La aportación isleña al desarrollo asociativo de la Gran Antilla (1804-1936)*, Las Palmas, 1908, CABRERA DÉNIZ, G. J., 1996, op. cit.; GUERRA LÓPEZ, D.: *Los canarios en Cuba. Sus asociaciones insignes*, Vigo, 2009.

hogar, dignificado por la mujer cubana, podrán contribuir con su laboriosidad y con su civismo al sostenimiento de aquellas libres instituciones. Y los que retornen a esta su patria chica, ahora la provincia de más electores analfabetos entre todas las de España, traerán ideas nuevas, arraigadas en la conciencia, para emplearlas con éxito en las contiendas precursoras de la autonomía de Canarias<sup>27</sup>.

En esas fechas la Asociación Canaria dio a pie a su etapa más expansiva, no sin algunos problemas internos, tales como algunas discusiones entre los paisanos por la labor desarrollada por su directiva. Fue una etapa de rápido crecimiento que llevó a convertirla en la entidad asociativa de mayor número de miembros de la Perla de las Antillas, pese a que otras contaban con más de treinta años de existencia. Rodríguez Armas llegó a especificar que en 1910, solo en la capital, tenía más de 28 000 socios, sin contar con la multitud de delegaciones existentes en las seis provincias de la República. A fines de 1911, Gómez Wangüemert expuso que contaba con más de 30 000 socios y había comprado para su residencia un soberbio edificio en una de las principales calles de La Habana y un solar en sus afueras para la construcción de una quinta de salud, que estaría dotada de amplios jardines y con un personal y material quirúrgico de primer orden<sup>28</sup>.

En La Habana y en la zona central de la isla se constituyeron sesenta asentamientos significativos de emigrantes canarios, que dieron lugar a delegaciones. Su cifra total fue de 24 529 asociados en 1918. Tras La Habana, con 2540, la segunda delegación fue la de Ciego de Ávila con 2154. Le seguían las de

---

<sup>27</sup> Cit. en PAZ SÁNCHEZ, M., 1991 y 1992, op. cit., tomo II, pp. 31-33.

<sup>28</sup> *Ibidem*, p. 36.

Cabaiguán-Guayos con 2152, Zaza del Medio con 1782, Placetas con 962, Taguaco-Jatibanico con 870, Tamarindo con 759, Cruces con 688, Zulueta con 670, Cienfuegos con 606, Yaguajay con 597, Camajuaní con 576, Bolondrón con 552, Encrucijada con 523 y Majagua con 519. Le seguían un gran número de centros con menos de 500 distribuidos por toda la geografía insular, aunque con una representación mayoritaria en la región central, donde las nuevas roturaciones de tierras para el cultivo del tabaco y la caña de azúcar llevaron a un notable establecimiento de campesinos canarios en las regiones de Sancti Spiritus y Ciego de Ávila, pero sin desdeñar otras regiones del país como el Occidente y en menor medida el Oriente, donde persistió el asentamiento de isleños, como ejemplifican San Antonio de los Baños con 433, Florida con 372 o Morón con 440<sup>29</sup>.

El *Álbum patriótico conmemorativo de la Asociación Canaria*, dado a la luz en La Habana en la imprenta de Miranda Hermanos en diciembre de 1908, con ocasión de su segundo aniversario, es un testimonio fehaciente de esa rápida expansión de aquellos años en los que el colectivo canario no dejaba de incrementarse. Nació de una idea desarrollada en el seno de la Sección de propaganda de la entidad presidida por Manuel Hernández Medina, en la que actuaba de secretario el periodista palmero Manuel Fernández Cabrera, al que se deben la mayor parte de los artículos de este volumen y el recorrido por todas las delegaciones en la Perla de las Antillas. Como reconoció él mismo, sin su apoyo «entusiasta y desinteresado nos hubiera sido de todo punto imposible».

Manuel Fernández Cabrera (Santa Cruz de La Palma, 1885-1918), como ha estudiado Manuel de Paz Sánchez<sup>30</sup>, constituye un

---

<sup>29</sup> GUERRA LÓPEZ, D., 2009, op. cit., pp. 72-73.

<sup>30</sup> Véase su biografía en PAZ SÁNCHEZ, M.: «Introducción», en FERNÁNDEZ CABRERA, M., op. cit.

ejemplo representativo de la llamada «generación canario-cubana» en el marco cronológico del tránsito del siglo XIX al XX. Hijo de un cubano, Vicente Fernández Torres, originario de Guamutás y de una palmera, Heraclia Cabrera González. Junto con su paisano, el poeta, periodista y jurista Tomás Felipe Camacho, editará, recién llegado a Cuba, el órgano de la asociación canaria, *Cuba y Canarias*. En la Perla de las Antillas trabajó como periodista en *El Heraldo de Cuba*, un rotativo habanero de gran tirada. En apenas cinco años su prestigio como reportero se vio cimentado por su labor como corresponsal en México, de la que derivó una de sus más importantes obras, *Mi viaje a México: a propósito de la revolución*; en Venezuela, cuyos relatos reflejó en *Mi viaje a Venezuela*; y en los Estados Unidos. Llegó incluso a ganar un concurso en el vespertino *La Noche*, en el que fue premiado como «el primer escritor en prosa de los que existían en Cuba». Superó por 8056 votos a 5075 al intelectual cubano José M. Chacón y Calvo. Pero sucumbió a la enfermedad. Prácticamente desahuciado por los médicos, se vio obligado a regresar a su isla de La Palma, al suave clima de Fuencaliente. El 11 de mayo de 1918 falleció en el pago capitalino palmero de La Dehesa de la Encarnación. En 1917 reflejaría sus afecciones en su libro *Sintiendo la tuberculosis*, su última obra. Sin embargo, a pesar de su enfermedad no abandonó la escritura, porque todavía en la primavera de 1918 publicó algunas de sus últimas crónicas periodísticas en el rotativo palmero *¡Verdún!*

El *Album* es un documento de primera línea para abordar la espectacular eclosión del movimiento asociativo canario en Cuba en la primera década del siglo XX. Cuenta con una extensa galería fotográfica de personalidades ligadas a la institución por sus cargos o por sus servicios benéfico-sanitarios, tales como sus directivos Antonio Pérez y Pérez, Antonio Suárez Franco o Vicente Pérez Vergara, o los facultativos Emilio Matheu, Gustavo

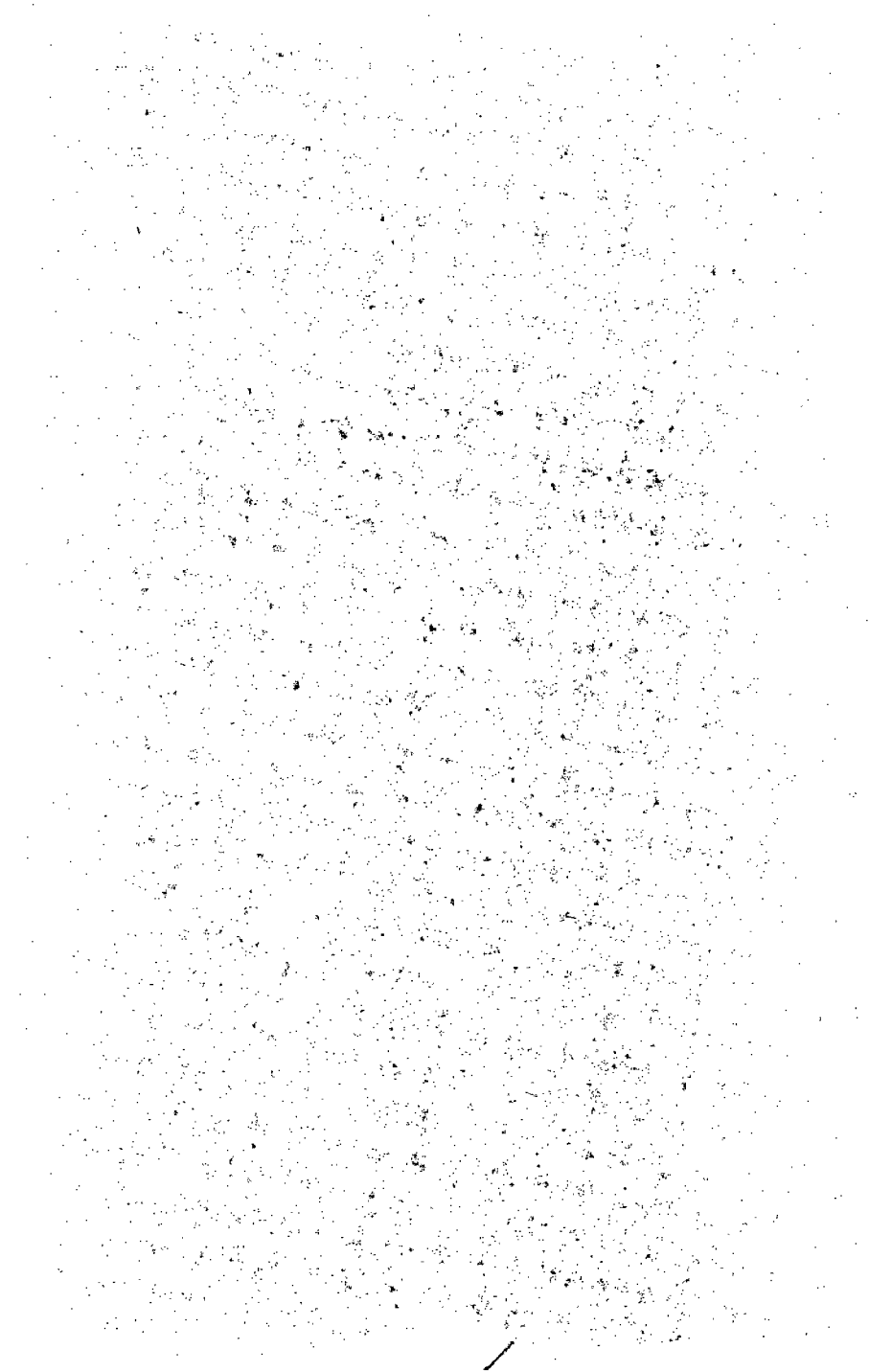
G. Duplessis, Enrique Fortún, Carlos E. Finlay, o los palmeros Francisco Cabrera Saavedra y Miguel Pérez Camacho. A ellas se añaden algunos de los más insignes promotores de la Asociación, como los periodistas Manuel Fernández Cabrera y Miguel Espinosa, el clérigo José Viera y Martín y el doctor Domingo Fernández Cubas, uno de los científicos e intelectuales canarios en la Perla de las Antillas de mayor trayectoria de compromiso con la organización de la defensa y la solidaridad entre el colectivo isleño en Cuba. Particular interés presentan las fotografías de las diferentes juntas directivas de las delegaciones de la Asociación Canaria en todos los confines de la isla y las edificaciones y pabellones sanitarios con que entonces contaba la entidad.

Asimismo se reproducen quince crónicas elaboradas por Manuel Fernández Cabrera, que glosan lo que él llamo el *Alma canaria* y un discurso suyo repleto de melancolía y nostalgias por sus «Islitas» y por su tierra cubana. Se recogen asimismo las opiniones de diferentes intelectuales canarios y cubanos sobre la trayectoria de la Asociación en esos dos años de actuación, textos todos ellos que tratan de exaltar los estrechos vínculos existentes entre Cuba y Canarias. Como reflejó el poeta y novelista cubano Joaquín Nicolás Aramburu,

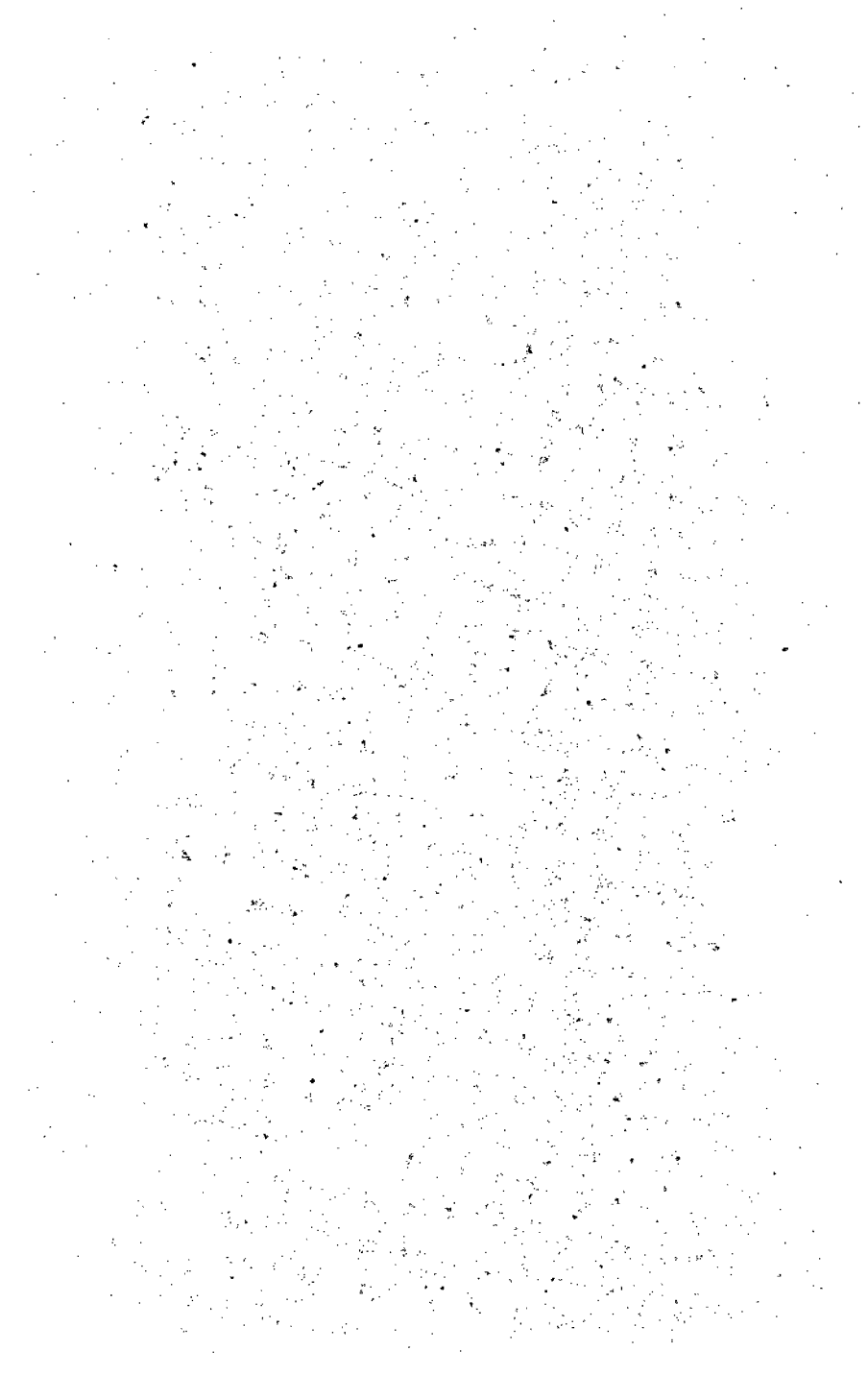
veinte mil socios, treinta mil, los que quiera la Asociación Canaria encontrará. Pueblo de isleños el del Caribe, pueblo de isleños el de las Afortunadas, casi son una misma alma: las hondas vicisitudes de la política y las grandes injusticias del destino no podrán separarlos. Los unió Dios en el curso de cuatro siglos.



**Álbum patriótico conmemorativo  
dedicado a la Asociación canaria  
En el segundo aniversario de su fundación**



## Nota de los editores

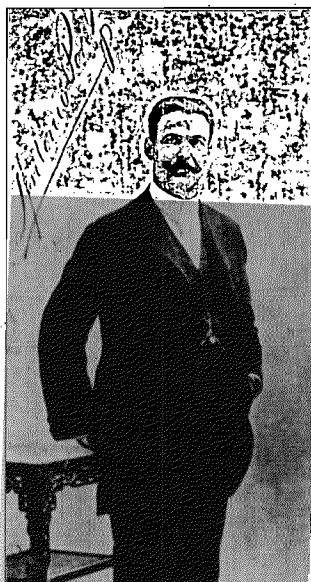


Al dar a la luz pública esta modesta obra, cúmplenos manifestar el agradecimiento que debemos a la Sección de propaganda de la Asociación Canaria, presidida dignamente por el gran patriota Sr. Manuel Hernández Medina y de la que es vicesecretario el joven y culto escritor Sr. M. Fernández Cabrera, sin cuyo apoyo entusiasta y desinteresado nos hubiera sido de todo punto imposible editarla.

La Asociación sabrá corresponder a nuestro esfuerzo, movido más por la simpatía que ella nos inspira, que por el deseo de lucro el que, desde luego, queda descontado al poner a cada libreto el exiguo precio de treinta centavos plata española, no obstante los cuantiosos gastos que particularmente el trabajo de fotograbados nos ha ocasionado.

Miranda hermanos.





Sr. Antonio Pérez y Pérez.  
 Presidente general en uso de  
 licencia.



Sr. Antonio Suárez Franco.  
 Presidente p. s. r.

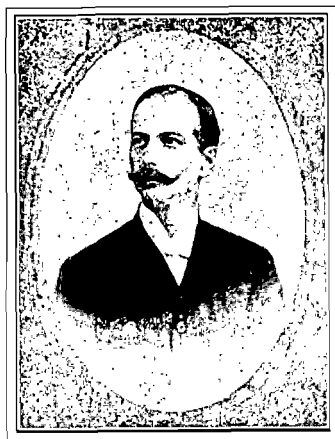


Sr. Vicente Pérez Vergara.  
Primer vice presidente,  
presidente de la Sección de  
beneficencia, p. s. r.



Dr. Emilio Matheu, secretario.





Dr. Gustavo G. Duplessis.

Estudió en la universidad, con gran brillantez, obteniendo premio extraordinario en el grado de licenciado.

Luego pasó a París donde permaneció siete años, conquistando el honroso título de doctor de aquella universidad; siendo laureada la tesis sobre Sinfisotomía en el hombre, que hubo presentado.

Mención honorífica de la mencionada Facultad. Medalla de bronce de la Asistencia Pública de París.

Antiguo interno de los hospitales de París. Miembro de la Academia de La Habana y de la Sociedad [de] estudios clínicos.

Desempeñó durante algún tiempo la cátedra de Clínica Quirúrgica.

Ha publicado diversos trabajos, entre ellos: *La cura radical de las hernias*, *Tratamiento quirúrgico de la litiasis biliar*, *Gastroenterostomía por afección no gangrenosa del estómago*, *Resección intestinal por gangrena del intestino* y *La apendicitis y sus indicaciones operatorias*.

La Asociación Canaria se enorgullece en tener de director de su «Casa de Salud» a tan ilustre médico.



Dr. Enrique Fortun.

Fue por el año de 1894 cuando recibió el grado de licenciado y lo recibió con premio extraordinario. No contento con esto, quiso seguir en la carrera, doctorándose, también con premio, en 1895.

Jefe de Clínica de la Facultad de Medicina.

Cirujano del Hospital Aldecoa.

Cirujano del Hospital Nuestra Señora de los Angeles.

Catedrático auxiliar extraordinario de la Facultad de Medicina.

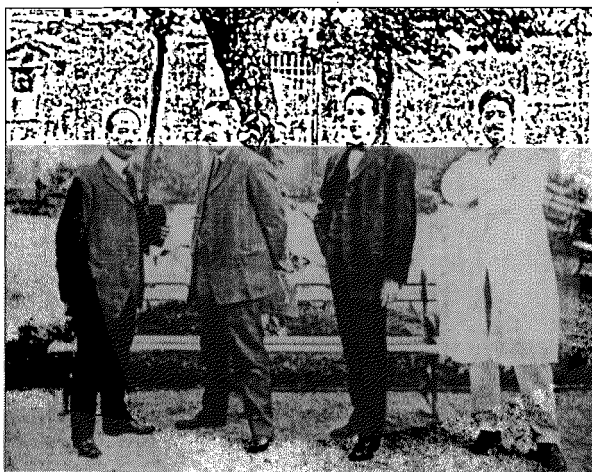
Cirujano del Hospital Número Uno.

Catedrático auxiliar, jefe especial de la Clínica Ginecológica, por oposición.

Ex-director de la Clínica Internacional.

Son muchos los escritos que sobre medicina ha publicado en la prensa, con especialidad en la *Revista de Medicina y Cirugía*, que brillantemente dirige el Dr. José A. Presno.

La Asociación Canaria tiene, pues, en la personalidad que nos ocupa, un firme sostén de su bien cimentado prestigio.



Parte del personal médico.



Practicantes, enfermos y sirvientes. En el centro se distingue al Sr. Pérez Camacho, a quien recientemente le ha sido regalado un diploma en premio a sus buenos servicios.

## La colonia canaria

Viendo el éxito de confraternidad y progreso de la floreciente Asociación Canaria, que en solo dos años se ha puesto a la altura de otras asociaciones regionales que llevan largo tiempo de establecidas, se asombra uno ante el mágico poder del empeño colectivo y se convence una vez más de que la colonia canaria es una de las más provechosas y más estimables de las muchas colonias extranjeras que viven en Cuba.

Félix Callejas.

La Asociación Canaria es la más palmaria demostración de aquel dicho vulgar y sabio —la vulgaridad y la sabiduría no están reñidas algunas veces— según el cual «la unión hace la fuerza».

¡Veintiocho mil asociados cuenta esta institución que solo tiene dos años de existencial!

A. G. Otero.

En los tiempos de la Colonia el nombre de isleño era sinónimo de billetero.

Y con la fundación de la próspera Sociedad Canaria, los habitantes de Cuba han podido aprender que la población de Islas está formada por miles de agricultores que fomentan la riqueza del país, que han creado numerosas familias y que constituyen uno de los más útiles y poderosos elementos del porvenir de este pueblo y del bienestar de sus hijos.

E. Hiráldez de Acosta.

Las Asociaciones regionales son como la Patria que se arranca del solar en donde la naturaleza la ha colocado, para traerla con nosotros en el sitio en donde colocamos nuestra tienda.

Es la patria hogar más chico y la casa hogar más grande.

Por ser la primera chica, no debe faltarle el amor y la protección de todos los coterráneos; y por ser la casa más grande no debe faltarle el consejo del padre para proteger y armonizar a todos los que lo componen.

Por consiguiente para llenar los fines a que estamos llamados y a los que tenemos derecho, es necesario que no falte en esta Asociación ninguno de los que deben estar para que entre todos se establezcan nuestras quejas, y resuelvan nuestras dificultades.

Antonio Suárez.

Al celebrar la Asociación Canaria el segundo aniversario de su gloriosa fundación, experimento la plácida alegría del que ve realizado uno sus más caros ideales. Ese segundo aniversario que marca ya el principio de una era de indiscutible gloria para nuestra querida Asociación, indica también que la obra, patriótica y benéfica a la vez, que esta realiza, está consolidada con la firmeza que se necesitaba y que todos los canarios anhelábamos vivamente.

Hemos conseguido, pues, agruparnos más estrechamente que nunca para ayudarnos de manera eficaz los unos a los otros, para auxiliarnos en todo, para tener aquí una imagen, en pequeño, de la tierra en que nacimos, manteniendo así siempre vigoroso y pujante el espíritu fraternal que allá nos unía.

Considero una dicha ser de los de la casa. Puedo así dedicar mis energías al engrandecimiento de nuestra Asociación, en la que si bien es verdad que está hecho lo principal, todavía falta perfeccionar lo que se ha llevado cabo, a fin de que la Asociación responda a todas las necesidades, y a todas las aspiraciones de los canarios.

Una empresa como la que hemos realizado al fundar la Asociación no es una labor de un año ni de dos. Si en tan poco tiempo se ha conseguido que ella quedase a la misma envidiable

altura que las mejores y más antiguas de su clase que en esta República existen, débese, principalmente, al apoyo unánime y decidido que prestamos a la idea que dio vida a nuestra Sociedad; a la festinación con que todos acudimos al llamamiento; a la buena voluntad y al patriotismo, nunca desmentidos, de todos los buenos canarios.

Y fuerza es reconocer que la Asociación no ha sido ingrata.

La instrucción que enaltece al hombre, el grato esparcimiento de su espíritu que le permite acumular nueva actividad para luchar por la vida, el servicio de beneficencia que alivia los males, que los remedia, llegan fácilmente, en cuanto es posible, que es mucho, a todos los que hoy por hoy se hallan agrupados alrededor de una sola idea y de un solo pensamiento, firmes bases de una sincera confraternidad.

Y la Asociación hará más todavía. Los hombres que están al frente de ella tienen un solo propósito: el de que llegue a ser como ya comienza a serlo, el hogar de los canarios.

Así prestamos, y hemos de prestar mejor aún, un servicio a nuestros queridos compatriotas y un servicio a la República; a la vez que dedicamos un homenaje y un recuerdo a nuestra patria idolatrada, pues es esta la que desde lejos nos une en estrecho e inquebrantable lazo de unión.

Dr. Emilio Matheu.

Habana, noviembre 1905.

## **La colonia canaria**

¿Sabéis lo que significa? No, no lo sabéis no conociendo a los isleños, como cariñosamente se nos llama en esta hospitalaria Cuba.

Colonia canaria significa Unión, Fraternidad, Amor.

Unión; porque los canarios, respondiendo al llamamiento de otros canarios, no los mejores ni los más dignos, sino los

más previsores, sacudieron su peculiar indiferencia, acudiendo presurosos a formar la potente Asociación que es nuestra gloria.

Fraternidad; ya lo dice la frase, los canarios reciben a sus paisanos dentro y fuera del local social, como recibirían a sus propios familiares después de larga ausencia; y a su vez, cuando de cualquier rincón de la isla llegan a la capital, o se dirigen a un lugar donde se halle constituida una Delegación de la Sociedad, se consideran en su propia casa y con su propia familia.

Amor, ¡oh!, amor es el sentimiento que más distingue a los hijos de las Afortunadas, nuestra patria idolatrada.

Amor, es la evocación sublime que brota cual pétalo de rosa del corazón de nuestros queridos coterráneos, en cuyo pecho nacen y toman cuerpo los más delicados pensamientos, para después, al exhalarse y abandonar su cuna, llegar como efluvios de un amor más grande, divino, sobre el suelo patrio; tierra de nuestros amores, sí; porque hasta ella llegan los frutos benéficos de su santa obra.

Sobre esas tres simpáticas columnas descansa la más popular, la más grande y la más querida de todas las Asociaciones regionales que ostenta el nombre simbólico de Asociación Canaria.

Permitid, queridos compatriotas, al más humilde de vuestros paisanos, la alta honra de ser uno de los favorecidos en los cantos al celebrar el segundo aniversario de su fundación, y elevar preces al cielo por su prosperidad social, y por que el próximo Festival podamos celebrarlo en el nuevo Sanatorio que proyectamos edificar en nuestros terrenos de Jesús del Monte.

Manuel Hernández Medina.

Habána, noviembre de 1908.

Sin conocer las Islas Canarias, las admiro y las estimo. Son patria de poetas y de un pueblo honrado, laborioso e idealista; llamado en lo futuro a constituir un archipiélago soberano,

donde florezca sobre las cimas de la tradicional «Atlántida», todo el augusto esplendor del legendario Jardín de las Hespérides.

J. Conangla Fontanilles.

Para las almas buenas son estas líneas. Para los campesinos isleños que viven pensando en el hogar donde dejaron sus corazones son estos párrafos saturados de amor; como saludo de hermanos.

Un día los humildes expatriados oyeron hablar de la tierra querida, de aquella tierra que es un vergel, que es un paraíso; se convencieron de que era necesaria la unión para acometer la obra de nuestra solidaridad y, dando tregua a las faenas cotidianas, acudieron con entusiasmo a defender el santo y glorioso proyecto.

Y surgieron las delegaciones, como rosas de primavera, y vino el esplendor maravilloso de la Asociación Canaria a dar testimonio elocuente de la fuerza, del poder de los hombres, cuando lejos de perseguirse como enemigos, marchan unidos por los lazos de oro de la caridad y el patriotismo, los dos sublimes amores que ennoblecen y alegran la vida.

J. Viera.

Colocamos el hielo del pesimismo en el crisol donde se funden los amores a la patria chica, y de esa fusión obtuvimos el espíritu que anima el organismo social isleño que llamamos Asociación Canaria.

Esta Asociación, levantada a golpe duro de patriotismo mezclado a ratos con gotas de legítima hiel, extiende su influencia bienhechora sobre un campo bastante dilatado. Pero... ¡hay tantos que no han comprendido lo que Canarias representa en Cuba y hasta dónde puede llegar el esfuerzo unido de todos! Los pobres de espíritu, los que no vean claro, los que no



sepan que estas agrupaciones que nacen y crecen son factores para el mañana, sí, para el mañana, en la historia de nuestra raza latina en estas latitudes, y que deben agrandarse hasta lo infinito, si ello pudiera ser, deben dejar el campo libre para que vengan con su influencia, con su prestigio, con sus talentos, las grandes personalidades de la colonia. Estas, por el puesto que ocupan, son las llamadas a dirigir, es su misión, es su deber, es patriotismo que no puede aplazarse para mañana.

Los canarios todos, en cualquier parte de la isla donde se encuentren, piensen que hay que crear una sola Asociación de canarios, y que todo lo que tienda a disgregar es empequeñecer este movimiento social. También a los que están lejos, y que no puedan apreciar la importancia de la Asociación Canaria, les diré que se aparten, que no sean obstáculo al movimiento general de concentración.

Podemos, si queremos, formar el núcleo más numeroso de cuantos existen en la isla. Y es necesario querer.

José M. Jiménez.

Dos años, y ya se cuentan los asociados por decenas de millares... No me extraña; que las ideas de solidaridad y colectivismo arraigan rápidamente en nuestro pueblo; que las almas latinas se abren al requerimiento de la piedad, como las rosas al beso del cefirillo, es indudable que Cuba, los feraces campos de mi Cuba, son una prolongación de la tierra canaria, a través del Océano, y casi un alma misma el alma de los dos pueblos.

Yo no sé si hay un pedazo de terreno cultivado en una lengüeta que acaricia el Mar Caribe y azota el Golfo, donde no hayan caído gotas de sudor, chorros de sudor, de alguna frente canaria; yo no sé si hay bohíos en el fondo de esas praderas eternamente florecidas, donde no haya vivido, con la nostalgia

de la patria en la mente y el amor de la familia en el corazón, algún descendiente de los recios guanches, al trabajo penoso y al laborar por el porvenir de los hijos consagrado.

Yo sé que hay ciudades, fundadas exclusivamente por isleños; vegueríos inmensos, por ellos fomentados; muchos miles de hogares levantados por hijos de La Palma, de Santa Cruz o La Orotava; y que ríos de oro entraron por nuestros puertos, durante el pasado siglo, a cambio de los frutos que manos canarias extrajeron de la pródiga tierra de mis amores. Yo sé que en la doliente historia de nuestras reivindicaciones hay más de una página teñida con una gota de sangre isleña, y que más de un heroísmo aparece unido a un apellido, de sobre las riberas del África venido.

Cuando por acaso he recorrido extensas llanuras de mi país, en las mismas corruptelas de lenguaje de la población campesina, el deje clásico, la expresión característica, me ha revelado el origen de porción importantísima de mi pueblo. Y he recordado la cita de un viajero, que en lo alto del Chimborazo se tropezó con un anuncio del Aceite de San Jacobo, y exclamó: por aquí ha pasado la actividad mercantil de los yanquis; yo también, en esas alterosas sierras de Cuba, más allá de esos barrancos y al cabo de esos senderos abiertos entre dos altas peñas, al oír la voz de un gañán, no he podido menos que exclamar regocijado: por aquí labora un honrado isleño; aquí también trabaja, sufre y espera un hombre honrado.

Veinte mil socios; treinta mil; los que quiera la Asociación Canaria encontrará. Pueblo de isleños el del Caribe, pueblo de isleños el de las Afortunadas, casi son una misma alma: las hondas vicisitudes de la política y las grandes injusticias del destino, no podrán separarlos. Los unió Dios en el curso de cuatro siglos.

J. N. Aramburu.

Es verdaderamente admirable el crecimiento prodigioso adquirido en un lapso de tiempo cortísimo por la Asociación Canaria de Cuba; como asimismo era inexplicable que una colonia tan fuerte, tan nutrida y tan laboriosa permaneciera con sus miembros disgregados sin que un lazo de unión los significara como un núcleo respetabilísimo y prepotente del concierto social cubano. Por eso, la feliz iniciativa de consolidar en un *block* al elemento canario de Cuba, para provecho, honra y prez de los hijos de Las Afortunadas, bien merece un aplauso, tan sonoro que a través de los mares repercuta como timbre de orgullo en la madre tierra, y tan prolongado y latente que a través de los tiempos sirva siempre para encomio de los que, despreciando obstáculos y venciendo escepticismos, hicieron con su constancia y fe cristalizar al fin su noble, generoso, patriótico y elevadísimo pensamiento.

Antonio Miguel Alcover.  
Habana. Noviembre de 1908.

Asombra en verdad el maravilloso auge que en muy poco tiempo ha alcanzado la Asociación Canaria. Nacida ayer, es ya una de las primeras en su clase.

Los canarios, proyectando y realizando casi a la vez, la grandiosa idea que engendró su importante Asociación, han dado una envidiable y consoladora demostración de vigorosa confraternidad y de puro patriotismo, no entibiado por el tiempo ni por la distancia, del que pueden estar con justicia orgullosos.

Por eso considero como un alto honor el poder expresar en esta forma mi pensamiento, que es ahora un saludo afectuoso que exterioriza el respeto y el entusiasmo que me inspira el fuerte espíritu de solidaridad que une, lejos de su patria, a todos los canarios.

Dr. Luis de Solo.  
Noviembre, 1908.

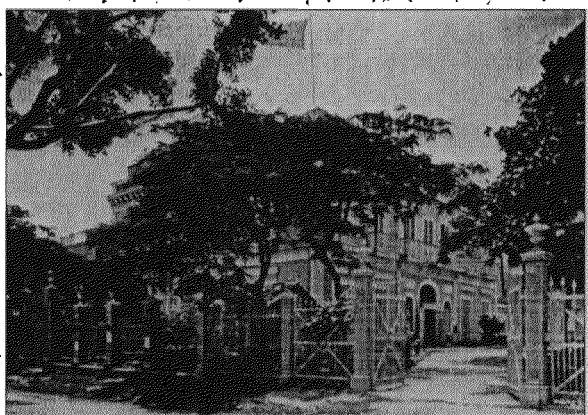
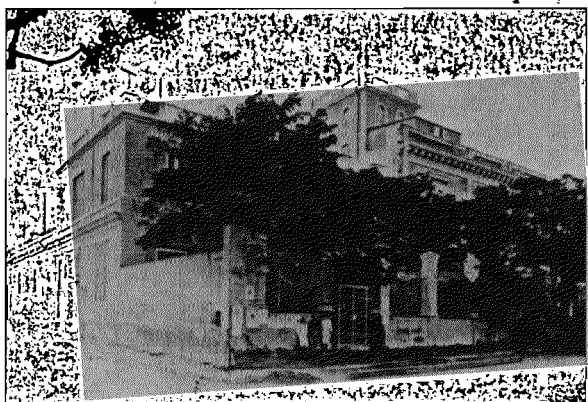
El actual movimiento canario, intensivo y extensivo a la vez, invadirá pronto todo el país del oriente al occidente y del septentrión al mediodía, llevando por doquiera, no el pendón de la guerra sangrienta y cruel que asuela los campos y mata la agricultura, segando en flor los productos de la tierra y las esperanzas del labrador, sino el estandarte sacrosanto de la unión, de la concordia y de la paz que hacer florecer y fructificar las semillas que el hombre deposita en la tierra, y funda la prosperidad de las familias, y la grandeza y estabilidad de las naciones.

Víctor F. Ferraz.

En este movimiento entusiasta y decidido que como una corriente galvánica ha agitado todo el cuerpo de la colonia canaria de Cuba, se han revelado dos cosas principalmente: el sentimiento de solidaridad de aquella, que constituye ya un coeficiente social de alta graduación que está llamado a desempeñar un gran papel en la vida nacional en Cuba, y un superior espíritu de progreso y cultura, que al principio en estado latente, hoy se manifiesta en un terreno fecundo y abonado para dar, como dará sin duda, preciosos frutos. Y lo mejor de todo es que estamos aún asistiendo a las fases de la organización. La Asociación no se ha conformado todavía a su definitiva modalidad de existencia; a fines del año próximo tendrá treinta mil o más socios y la mayor parte de las energías de sus meritísimos fundadores se dedica en el presente a aumentar el número de los asociados: esta es la atención preferente, como los generales, que antes de dar el combate, reclutan fuerzas para las filas y las instruyen y las preparan. La batalla es ardua, será duradera, y la victoria, de las más hermosas y que más deben codiciarse; pero con estos soldados y estos generales, no hay que dudarlo, la batalla será ganada.

Sabemos que el tesón de las huestes no ha de flaquear jamás.

Dr. Fernando de Zayas.



Vistas exteriores de la Casa de Salud,  
sita en Carlos III n.º 14.



Dr. Francisco Cabrera Saavedra.

El Dr. Francisco Cabrera Saavedra nació en Santa Cruz de la Palma (Islas Canarias) el 4 de noviembre de 1850, habiendo llegado a Cuba en el año 1853 en compañía de sus padres. El hecho de llevar entre nosotros 32 años de vida profesional y el elevado concepto que por su saber y por sus méritos ha conquistado en la sociedad cubana, le dan derecho a figurar en la «Galería» que viene publicando esta *Revista*.

La historia del Dr. Cabrera es un ejemplo vivo de lo que puede obtener la laboriosidad de un hombre que en su vida lucha por un ideal, cuando se tiene fe en el trabajo y una decidida voluntad para alcanzarlo: a nadie en Cuba, mejor que al Dr. Cabrera, puede aplicarse la conocida frase inglesa: *a self-made man*.

De origen muy humilde, ha llegado, por sus propios esfuerzos, a ocupar en nuestro mundo médico, un lugar

prominente por nadie superado. Hijo de padres muy pobres, hizo sus primeros estudios en la única Escuela Municipal de Varones que existía en Caibarién, lugar en que se establecieron sus familiares, y ya en 1855 obtuvo por oposición la plaza de ayudante de la Escuela Municipal de San Juan de los Remedios, cabecera del distrito. Por esa época, en vista de su constancia y de su aplicación al trabajo, el ayuntamiento remediano acordó enviarlo como «alumno pensionado» a la Escuela Normal de Instrucción, establecida en Guanabacoa, donde cursó los estudios necesarios hasta obtener el título de maestro normal en 1868, con nota de «sobresaliente».

De regreso a Caibarién, y en posesión del título de maestro, marchó poco después a los Estados Unidos a emprender estudios comerciales, que luego no utilizó, embarcándose al poco tiempo para Santa Cruz de La Palma donde en un año cursó, por enseñanza libre, los cinco del bachillerato, graduándose en el Instituto de La Laguna en 1871. Entonces se trasladó a Madrid para estudiar Medicina en la Universidad Central, terminando la licenciatura en 1875, habiendo obtenido los premios de todas las asignaturas y la distinción de haber sido miembro de la Sociedad Histológica de Madrid y discípulo predilecto del eminente histólogo Dr. Maestre de San Juan.

Apenas graduado, se presenta con 214 opositores a una plaza en el Cuerpo de Sanidad Militar, y tan brillantes fueron sus ejercicios que el Tribunal lo propuso con el número uno al ministro de la Guerra. Destinado a Cuba, pasó a prestar sus servicios en el Hospital Militar de Remedios, renunciando, poco después, definitivamente, a la carrera militar para trasladarse a esta capital, donde fijó su residencia, no tardando en crearse una valiosa clientela.

En diciembre de 1880, hizo en nuestra universidad los ejercicios de grado de doctor.

Fue de los fundadores de nuestra Sociedad de estudios clínicos, 1879, donde ha prestado valiosos servicios, formando parte de su Comisión de fiebre amarilla en unión de los Dres. Lebreo y Felipe Rodríguez.

Entre los distintos cargos que ha desempeñado recordamos, entre otros: los de médico inspector de higiene especial, médico honorario (sala de fiebre amarilla) del Hospital San Felipe y Santiago, director de la casa de salud Quinta de Garcini, concejal inspector de los Servicios Sanitarios del Ayuntamiento habanero, etc. Por último, en 1893, fue electo diputado a Cortes por la circunscripción de La Habana, como candidato del Partido Reformista. Actualmente director de honor de nuestra Quinta de Salud.

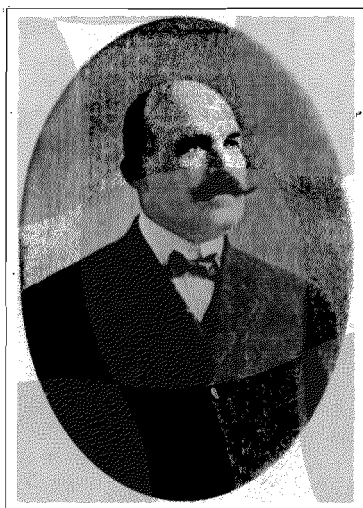


Casa de salud. Administración.





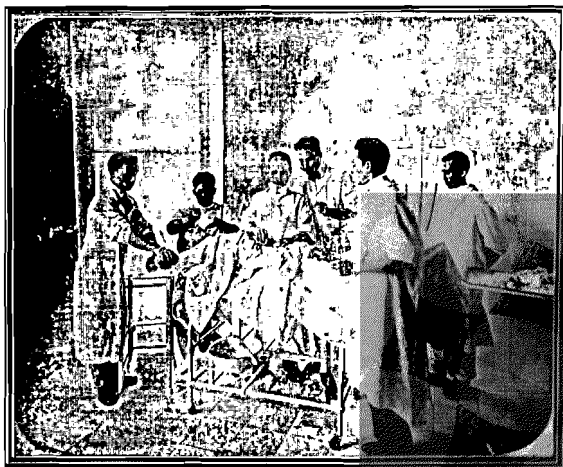
Departamento de esterilizadores.



Sr. Alejandro Bienes.  
Delegado general honorario en  
la provincia de Santa Clara.



Dr. Carlos E. Finlay.  
Afamado oculista.



Sala de operaciones.



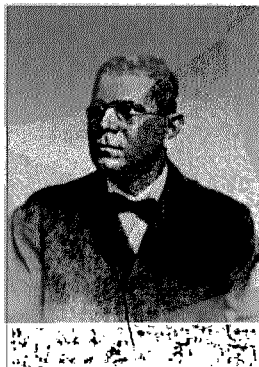
Dr. Francisco Santa Cruz Pacheco. Joven e ilustrado médico graduado en el año de 1905: alumno interno del Hospital Número Uno, médico durante dos años de la Clínica Internacional y actual interno de la Asociación.



Sr. Francisco Bethencourt. Vicepresidente de la Sección de Protección Agrícola y director de *Islas Canarias*.



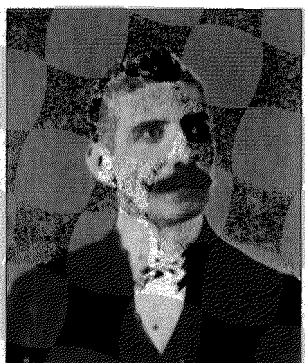
Sergio Navarro. Actual 2º vicepresidente.



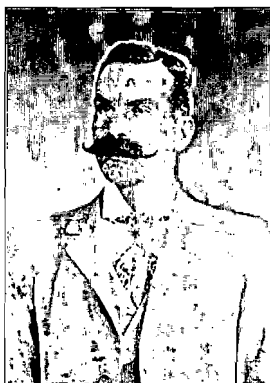
Manuel Hernández Medina. Presidente de la Sección de propaganda.



José Antonio González  
Sarmiento. Vicepresidente  
de la Sección de recreo  
y adorno.



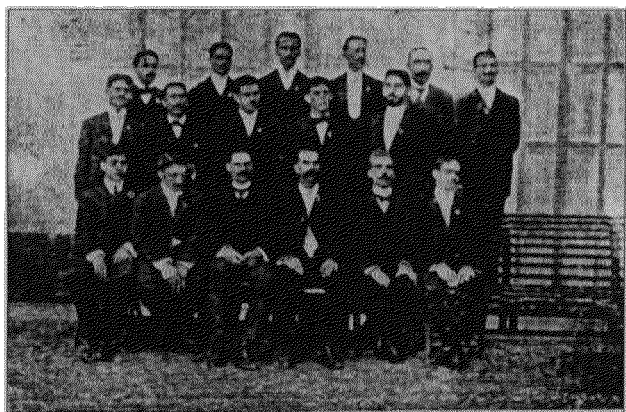
Ramón Carballo.  
Secretario de la Sección de  
Recreo y Adorno.



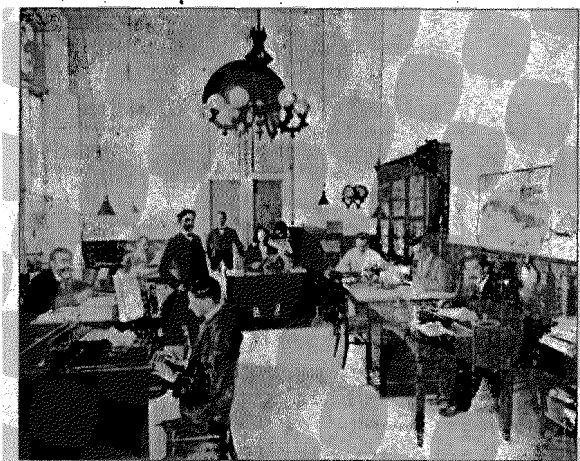
Mariano Rodríguez Cabrera.  
Presidente de la Sección de  
recreo y adorno y delegado  
honorario en la provincia  
de Pinar del Río.



Junta directiva.



Sección de recreo y adorno.



Secretaría.

**Nota bene...**





Los Sres. Miranda hermanos al editar el presente álbum han solicitado mi concurso que, entendiendo era provechoso para nuestra Asociación, les he prestado tan de lleno que aún consentí en publicar algunas de las crónicas, dedicadas a distintas fiestas canarias, que ya habían aparecido con mi firma en periódicos diarios.

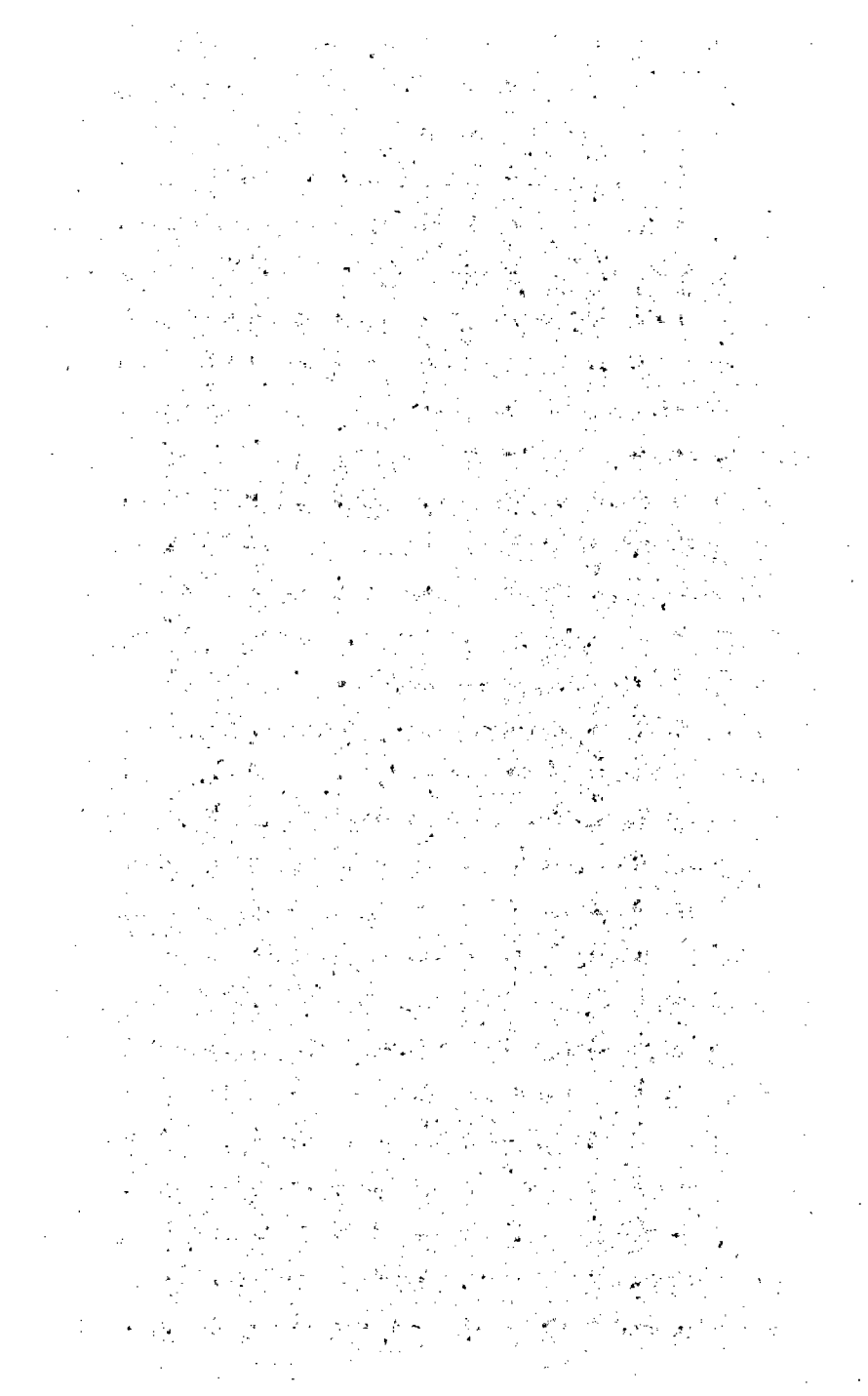
Van con todas las incorrecciones de estilo y la vulgaridad y repetición de ideas a que lleva la información a cálamó corriente, con tema siempre igual y obligado.

Digo esto para librarme de que alguien, considerándome en menos de lo que valgo, suponga que presumo con tales producciones anodinas, que en todo caso tendrán el solo mérito de haber nacido al calor del más entrañable afecto a Canarias y a nuestra gloriosa colectividad, su representación más genuina.

F. C.







Cuando hace dos años abandoné la tierra Afortunada, empujado por el fenómeno incoercible del *mejor bien*, mi pensamiento hubo de fijarse en Cuba.

Este rico y glorioso país, patria de pensadores y de poetas, me atraía con la fascinación simpática de lo bello y de lo hospitalario. Las gentes que de aquí iban a Canarias su fama pregonaban, y hasta pugnaban por presentar mejor clima este, que el nuestro, celebrado por los *touristas* europeos y los exploradores de todo el mundo. La Habana, decían, aquella capital regia, delicia natural; con cielo elevado y magnífico, del más claro azul; con el ajetreo de las ciudades populosas y la más altiva nobleza en sus mujeres, es incomparable; es soberana. A su rededor se agolpan barriadas deliciosas; allí el Vedado, frente por frente a la amplia bahía, con los jardines más selectos y los edificios más pintorescos; allí el Cerro, antiguo, centenario, con las casas solariegas el aspecto de urbe aristocrática; allí, más lejos, el campo abierto, donde el ambiente es generoso y la luz diáfana. Por todas partes manifestaciones vitales de pueblo trabajador; por todas partes flores de energía, flores de bondad...

Esto y el ser la patria de mi padre, la patria de mis pobres abuelos, de mis ascendientes más queridos, operó en mí la decisión y cuando besé en despedida a los de casa, únicos que

sabían del viaje, les dije con estas palabras: «Adiós, pronto nos reunimos en Cuba, allí os espero».

El barco que me traía, zarpó de las Islitas lejanas: Canarias quedaba atrás, muy atrás y entonces echeme a evocar la grandeza de mis compatriotas en esta Antilla.

El primer nombre en aparecer a mi imaginación fue el del Conde de Pozos Dulces, don Francisco de Frías, generador de la familia ilustre que lleva ese apellido y que tantos laureles alcanzara en la causa de la Independencia; luego el de Morales Lemus, espíritu superior, liberal, fecundo en hazañas periodísticas y jurisconsulto envuelto en la aureola de los más brillantes triunfos; el de Enrique Piñeiro, educador de fuerza; el de Fernández Ferraz, humanista, aún vivo en Costa Rica; el de don Francisco Campo y López; el del inolvidable León y Mora...

También recordé a Martí, sabía que su madre nació en Santa Cruz de Tenerife, y soberbia y dolorosa se presentó a mi vista la figura del Apóstol. Le conocía por un retrato de tarjetas postales. Mas, he aquí que la estampa tomaba cuerpo, se agrandaba; y por efecto de fantasía la contemplé hecha hombre: tenía una mano en alto, como arengando a las masas revolucionarias y la cabeza caída, como no pudiendo soportar el peso inaudito de su pensamiento. Así mismo la miré en estatua al llegar a La Habana.

Y seguí en mi repaso por celebridades canarias; cuando no era un médico notable, era un orador; cuando no un guerrero; así, hasta tropezar con tres gloriosos contemporáneos, tríptico de valía: D. Francisco Cabrera Saavedra, D. Manuel Linares y D. Domingo Fernández Cubas.

Hice el propósito firme de conocer a estos honorables y ya aquí, mis primeros pasos fueron esos. Felizmente a todos traté y a todos inspiré, si no amistad tampoco antipatía. Las más gratas emociones que he experimentado han sido en su compañía,

oyéndoles conferencias y buenos consejos. De Cubas y de Linares necesito para este artículo.

Fue en sus casas en donde, por primera vez, se habló conmigo del triste abandono en que se hallaba nuestra colonia. Mi asombro no tenía límites; esperaba encontrarme un núcleo fuerte de «paisanos»; ¡una asociación canaria a la altura, por lo menos, de las de otras regiones españolas; una fraternidad, una solidaridad entre nosotros a toda prueba, y nada había!

La lamentación era general. Verdaderamente causaba vergüenza tal indiferencia, tal retraimiento; y el Dr. Domingo Fernández Cubas, como inspirado por un hada extraña, con un franco sentimiento de optimismo, se levantó e hizo promesa de despertar nuestro entusiasmo patriótico; de conseguir nuestra unión, de hacer nuestra colectividad. Por este tiempo llegó a nosotros otro amigo, para mí hermano amantísimo, Tomás Felipe Camacho, y desde entonces, el doctor acompañado y admirado por ambos, no descansó un solo momento en la grave tarea que se había impuesto.

Expresión de su ímprobo trabajo fue la revista ilustrada *Cuba y Canarias* que, dicho sea de paso y con agradecimiento, obtuvo una acogida brillante, inesperada, en especial dentro del círculo de la prensa. Se nos confió a Tomás y a mí el cargo de directores y desde sus columnas defendimos con tesón, con sinceridad, con buena fe, la noble causa encomendada.

No estábamos solos. El erudito escritor Linares enviaba artículos suyos a la revista, artículos magistrales, como salen de su pluma, artículos rebosantes de amor y de fe; otro acompañante era el distinguido y culto sacerdote venerable José Viera y Martín.

Pero ¡maldita muerte! ¡Ella, trágica, siniestramente, nos arrebató al venerable anciano, al mentor pudiéramos decir! Cubas fallecía en la mitad del camino, entre el afecto de todos, y

todos con su desaparecimiento, no menos doloroso por esperado, nos desencantamos un tanto. No hallábamos un sustituto digno, un hombre de su talla, en condiciones de guiarnos adelante y el ánimo desfallecía, el impulso se debilitaba...

Mas, una legión de hombres nuevos aparece. Son prosélitos, con categoría de Apóstoles. Y ellos, juramentados sobre la Biblia del recuerdo patrio, emprenden jornada; marchan con paso firme, tenaz, por el sendero del bien, predicando lo que el amante Cubas predicara; ofreciendo lo que el dadivoso Cubas ofrecía. Luchas y decepciones, indiferencias y escrúpulos salieron a su frente, pero no importó, la batalla sublimaba las ideas, el dolor enaltecía los pensamientos y con la bandera siempre flameando consiguieron la victoria.

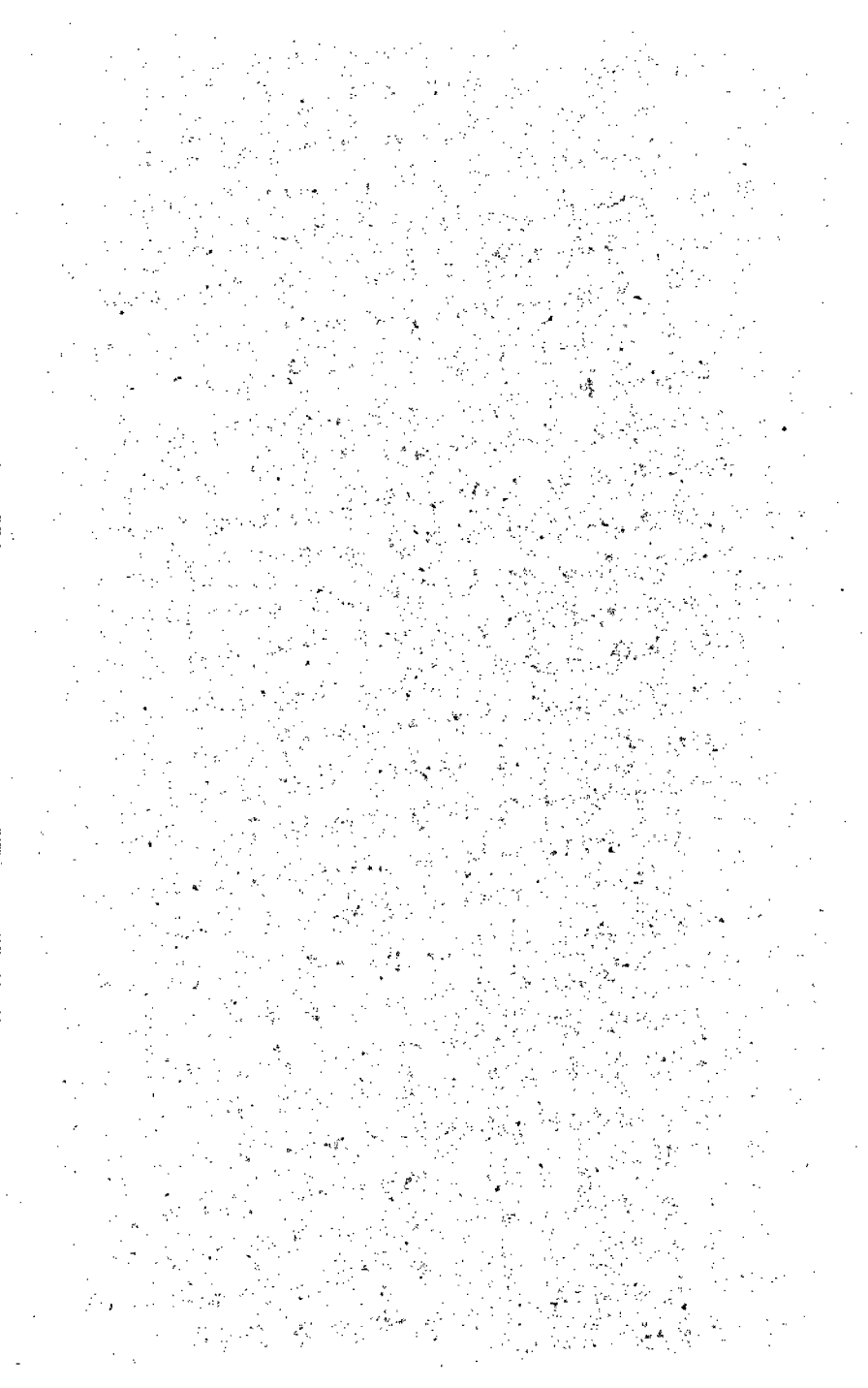
Llevaban en los corazones, remachadas con clavos de entusiasmo, las palabras de «Asociación Canaria» y las palabras son una bella realidad.

He querido hacer, pues, la historia de nuestro triunfo.

Habana, 31 de marzo de 1907.



## II.



Acabo de llegar de Placetas. Requerimientos de amistad me hicieron volver al rico término de las Villas, luego de haber estado en carácter de delegado y en compañía de los señores Alejandro Bienes, Andrés Nóbrega, doctor Víctor Fernández Ferraz, Hernández, José María Jiménez, Melchor Estella y Tomás Felipe Camacho, para constituir allí la delegación de la sociedad canaria.

Placetas es un poblado alegre, pintoresco. El comercio en él ha tomado un desarrollo interesante; la industria se manifiesta espléndidamente en la producción del azúcar, que es una principalísima fuente de bienestar; y la agricultura, si bien no tiene el auge que merece, corre paralela en desenvolvimiento a la de otros pueblos de importancia.

El espíritu de asociación tiene gran arraigo entre sus habitantes. Allí, en primer término, los nativos cuentan con la brillante sociedad El Liceo, cuyos salones modernos y amplios, aún en fabricación, están enclavados en un lugar de lo más céntrico y delicioso. Los españoles tienen al igual que en otras comarcas su colonia; colonia que, sin exagerar, creo sea de las más nutridas de las Villas, por lo menos o de las mejores cimentadas. Los centros regionales de La Habana, gallego y asturiano, han establecido sus delegaciones con brillantez; lo mismo el de Dependientes; y el canario, por qué no decirlo, con la reciente apertura de la suya ha dado motivo a la fiesta más

hermosa, más gloriosamente soberbia, de cuantas registran los anales placeteños.

Aunque bastante tarde, no resisto a la atención de describirla, pálidamente que sea.

Figuraos que desde el día de nuestra llegada, por la noche, empezaron los festejos, los agasajos; agasajos y festejos que se prolongaron durante la estancia de todos en el pueblo y que volvieron a repetirse ahora, con el paso por allí de Tomás Felipe y del que traza este esbozo, con el corazón radiante de entusiasmo y el pecho lleno de fuerte gratitud.

Una comisión de canarios nos fue a recibir al paradero, acompañada por una banda de música que en el momento de cruzarse nuestros abrazos rompió en notas marciales, sonoras, combinando el bello himno de la patria cubana —donde tan hospitalariamente se nos recibe—, himno bravo y triste que alentaba a los gloriosos libertadores en la conquista de sus derechos.

De allí, nos dirigieron a las salas del Casino Español. Nos esperaban hermosas cubanitas y hermosas paisanas que también querían dar valor a la celebración canaria, como decían. Se organizó un baile y estuvo tan animado y concurrido, que a las dos de la mañana todavía pasaban de diez las parejas que hacían sus delicias a los acordes del danzón armonioso, soberbio...

Desearía, por un momento, poseer la rara habilidad de «Florimeb»; la especial expresión de Enrique Fontanills o Miguel Ángel Mendoza, para hacer una reseña de la *soirée*.

Daría los nombres de veinte o treinta muchachas con los adjetivos a propósito; diría de los caballeros que honraban el acto; hablaría del salón regamente iluminado y vistosamente adornado; y escribiría, para terminar, este sentido remarque.

«Tita» León, delicada, adorable, sugestiva...

Mas, pasemos a otra cosa, al acto solemne de dar posesión de sus cargos a los delegados.

Ocurrió a la una de la tarde del día 22 de abril. Ocupaba el lugar presidencial el nunca bien ponderado canario don Alejandro Bienes. A su derecha el no menos patriota Nóbrega; luego Ruperto León, entusiasta y franco; don Domingo, caballero y atento; Martín, amabilísimo; Mora, culto e interesado por la Asociación; Jiménez, Hernández, Fernández Ferraz, Betancourt, Santos. Todos en confusa armonía.

Y fue lo primero el discurso, si así puede llamarse, del que esto escribe. La tribuna estaba en lo alto de un escenario y de allí, con el cínico valor de la sinceridad, arengué a los canarios a la unión, a la fecunda solidaridad; dije de los triunfos conseguidos por nuestra Asociación en el corto tiempo de establecida; alabé merecidamente al presidente general, el ilustre señor Antonio Pérez y Pérez, y brindé entusiásticamente [*sic*] por la resurrección de la República cubana libre: «que la joven madona de las Antillas, no se vea privada de su independencia gloriosa».

Siguió en el uso de la palabra Tomás Felipe Camacho. Si no temiera que se me tachase maliciosamente, haría un elogio del joven amigo: un elogio como se merece: estuvo feliz en toda su oración.

Y le tocó turno a don Víctor, a mi padre adoptivo, como respetuosamente le digo; creo que esto de padre no quitará que le dedique un justo párrafo.

La palabra de Fernández Ferraz es reposada, tranquila: es fuerte, es impetuosa; según lo requiera, la expresión: y siempre, eso sí, correcta, intachable. Yo admiro profundamente a este viejo canario que ha sabido colocar muy alto, tanto aquí sordo en Costa Rica, como en todas las Américas donde ha ejercido su profesión, el nombre de la Patria; y desde estas cuartillas le envió un abrazo cariñoso.

Vino después Jiménez, el culto amigo que maneja a la par que la pluma, la frase; y mientras duró su locución los aplausos se repitieron en el espacio, como también se repitieron al elevar su voz potente el simpático, hábil y distinguido compañero Melchor

Estella. Ambos oradores estuvieron afortunados, haciendo vibrar las fibras, todas, del patriotismo en la numerosa concurrencia que invadía el lugar de la reunión.

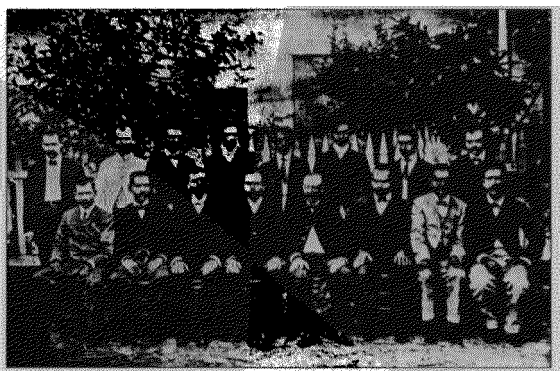
Procediose entonces al nombramiento de la directiva y quedó electo, con aprobación general el rico hacendado Ruperto de León para presidir a los delegados.

Inmediatamente después fue el banquete con que se obsequiaba a la comisión de la Central. Pasaban de setenta los cubiertos, y durante toda la comida reinó la más cordial fraternidad entre los comensales; que los había de todas las clases y nacionalidades: cubanos, españoles y americanos. Las autoridades civiles y militares ocupaban puesto en la mesa.

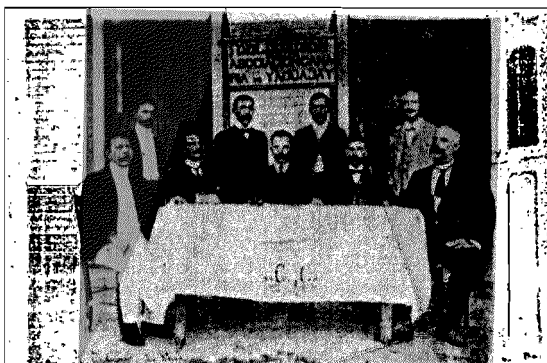
Ahora, quisiera disponer de espacio para seguir uno a uno el curso de los brindis; pero ya me he hecho demasiado largo y solo diré que, por orden, hablaron de los comisionados de La Habana: Fernández Ferraz, Estella, Jiménez, Camacho y yo; y que levantaron igualmente la copa dos reputados doctores en Derecho de la localidad. El primero, señor Suárez, rayó a gran altura; sin abusar del lenguaje, diré que estuvo soberbio, magistral; el otro cuyo nombre no recuerdo, fue igualmente notable en su notable peroración.

Ya nos disponíamos a seguir viaje Zulueta cuando llegó allí una comisión dando noticia de que teníamos a la orden un tren expreso que nos conduciría más tarde a Caibarién; pudiendo, por tanto, prolongar nuestra permanencia en Placetas, cosa que hicimos, siendo invitados por los corteses socios del «Liceo» a refrescar en los salones de la sociedad, y viéndonos, después, sorprendidos agradablemente con un nuevo baile en el «Casino» que, como el anterior, quedó brillantísimo, coronando así el triunfo de los canarios en la preciosa cuanto morigerada villa.

Mayo 4 de 1907.



Delegación de Placetas.



Delegación de Yaguajay.



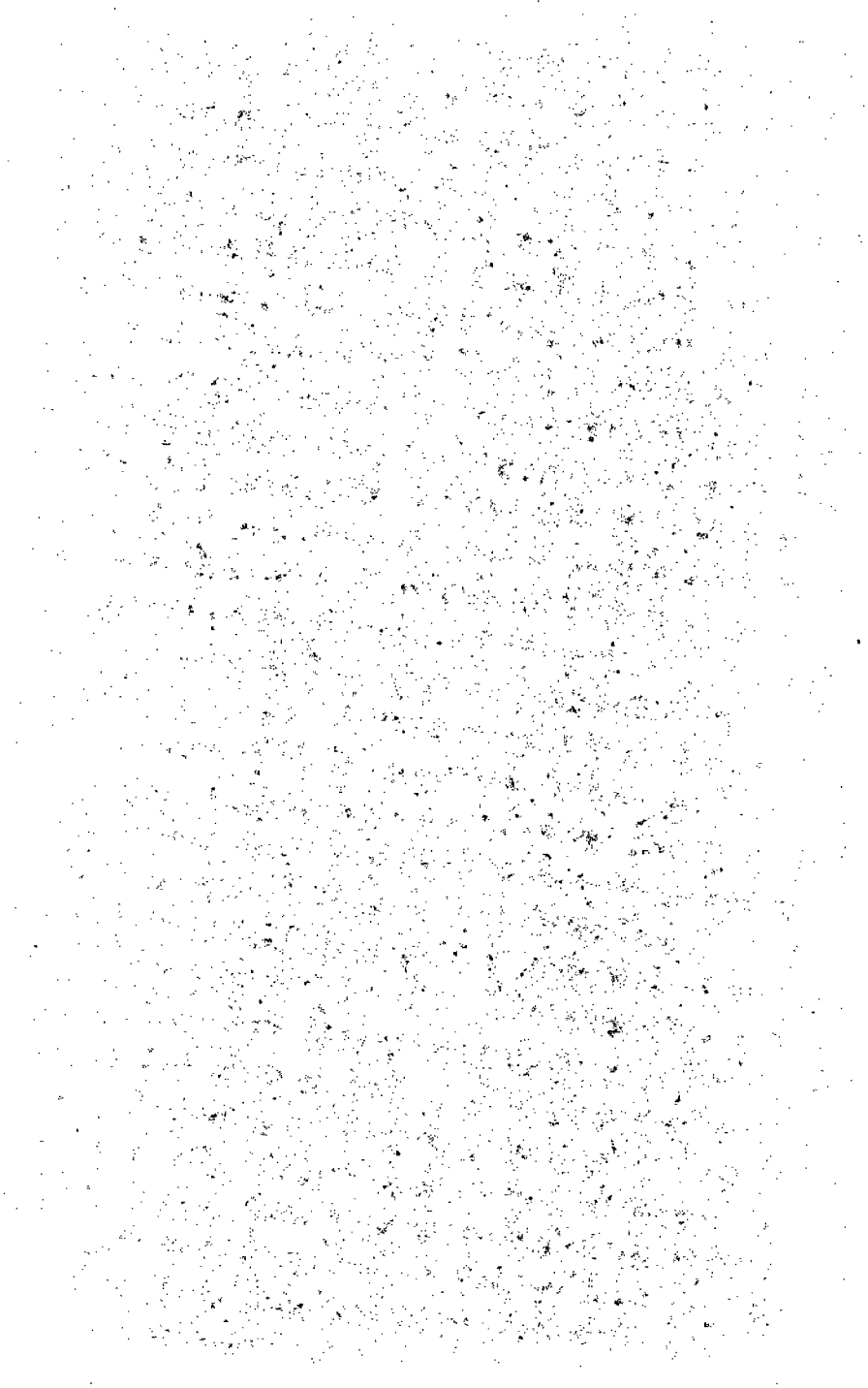
Delegación de Cabaiguán-Guayos.



Delegación de Zulueta.



### III.



Un amigo mío, joven chistoso y literato, me dijo ayer estas palabras:

«Hombre, Fernández Cabrera, tengo que felicitarte sinceramente; te admiro como músico consumado; eres irreprochable en el género».

Mi asombro fue grande. Estaba seguro, segurísimo, de que en cuanto a fusas, semifusas, corcheas, blancas y redondas, era una solemne nulidad. Pero, Goldarás, este fue el interlocutor, estaba serio y además él nunca había tratado de burlarse de mí, ¿cómo, pues, explicarme su afirmación?

Sí, querido canario, continuó el autor de *Chin Chiu*, en La Unión Española, ni el murguista del «Piripitipi» le dio mejor al «bombo» en Actualidades.

Aquí comprendí que se trataba de una broma. Nada, añadió López, he leído tus informaciones que publica *Cuba* y eso es el delirio. De tus compañeros en comisión por las Villas, para abrir las Delegaciones del Centro Canario, que gozo en reconocer ha tomado un incremento asombroso, ninguno fue menos en sus discursos que Maura, que Castelar; que Giberga o Sanguily para hacer uso de nuestras notabilidades tropicales. Y a ti, dónde te dejamos, Pichardo no se *autobombea* más a la perfección. «Subí a la tribuna y estuve acertado», «tomé la palabra y fui aplaudidísimo». En fin, que como cronista de salones no

tendrías precio, eclipsarías a Fontanills, que es cuanto hay que eclipsar. Adiós, chico, adelante y no tropieces; yo voy ahora a escribir *Chin Chin*.

Y me quedé perplejo, azorado, pensando lo que había de decir al tratar de la Delegación de Yaguajay. No me atrevería ya a hacer elogios de mis paisanos. Camacho, Estella, Jiménez, don Víctor mismo, se quedarían sin yo dedicarles una frase especial; quería hablar del fotógrafo de la Asociación en Camajuaní, señor José Muros, que a la verdad es un buen fotógrafo, quizás de los mejores de las Villas, y no podía hacerlo. Trataba de alabar al presidente electo de la Delegación en aquel término, señor Pedro Martín, hombre honrado, digno, caballeroso y patriota y no me encontraba con ánimo. ¿Y de don Alejandro? ¿no dedicar un párrafo a don Alejandro?, esa idea me mortificaba. Vaya, fuera escrúpulos, a reseñar como se merece, la agradable fiesta de Yaguajay.

Mas Goldarás, en imagen, se me aparecía delante y sentía miedo; no a su persona; sentía miedo a su pluma. Yo no sé si habré dicho que el notable escritor me amenazó con ponerme en su «Nota cómica» si volvía a lo que él consideraba una grave falta.

Decidime, pues, a no escribir otra cosa que lo siguiente:

Llegada la comisión de la Central a Caibarién desde el poblado de Zulueta, hubo de hacer noche en el hotel Comercio. A la otra mañana, serían las once, tomó la lanchita-vapor que la condujo desde el puerto de la villa blanca y cangrejera, al de Yaguajay. Allí la esperaba gran número de paisanos, los que, dicho sea muy quedo, nos dieron una entusiasta bienvenida, manifiesta en abrazos y aclamaciones; tomando todos, más tarde, el tren que nos había de conducir a la población.

Este viaje fue delicioso, atravesamos frente al incomparable Central «Narcisa», cercado de flores abundantes y múltiples; pudimos ver una inmensa colonia de caña, donde cientos de

trabajadores en faena constante hacinaban el rico elemento que más luego es convertido, por poder de la industria, en selectas mieles y suaves azúcares; contemplamos vegueríos inmensos; aquí, un bohío sencillo, humilde; allá una mansión solariega de antiguos mayorales; lejos, diez, veinte, treinta puntos blanquísimos, la bella villa de Yaguajay; por todas partes palmeras altas, cimbradoras, soberanas en medio de la pródiga naturaleza, recortando su silueta majestuosa en un radiante azul de cielo cubano; ¡cuánta magnificencia!, ¡cuánto deleite para los espíritus impresionables!, ¡cómo gozaría un romántico! Camacho, que ama la belleza y que la canta en versos delicados y armoniosos, tiró de papel y de lápiz y se puso a escribir atentamente; no pude leer su concepción; pero me imagino, y no me explico por qué, fuera un bosquejo de égloga pastoril o algún trozo selecto de un futuro himno aldeano.

Como una hora, más o menos, tardó el tren en llegar al pueblo. Eran ya las cuatro de la tarde. Caía el sol lentamente en las ingencias [*sic*] de las sierras. Y he aquí que Tomás y yo salimos acompañados de un joven, que por cierto recuerdo entre mis buenos amigos de Yaguajay, con la encomienda de invitar a las señoritas de la localidad para la asistencia al acto de dar posesión a los delegados, en los espléndidos salones de la sociedad «Martí», que nos fueron brindados cortésmente. Consignaré, en honor a la verdad, que no conseguimos nuestro objeto. Las hermosas yaguajenses, al contrario de las atentas hijas de Cabaiguán y las de Placetas y Zulueta, no quisieron dar brillo con su presencia a la fiesta de los canarios.

Hubo una comida íntima en honor nuestro, en la casa del correcto caballero señor Jiménez, y en ella pudimos ver al señor juez del término, al alcalde, al jefe militar de la zona, al cura párroco y a otras autoridades más, que siento no recordar en estos precisos instantes.

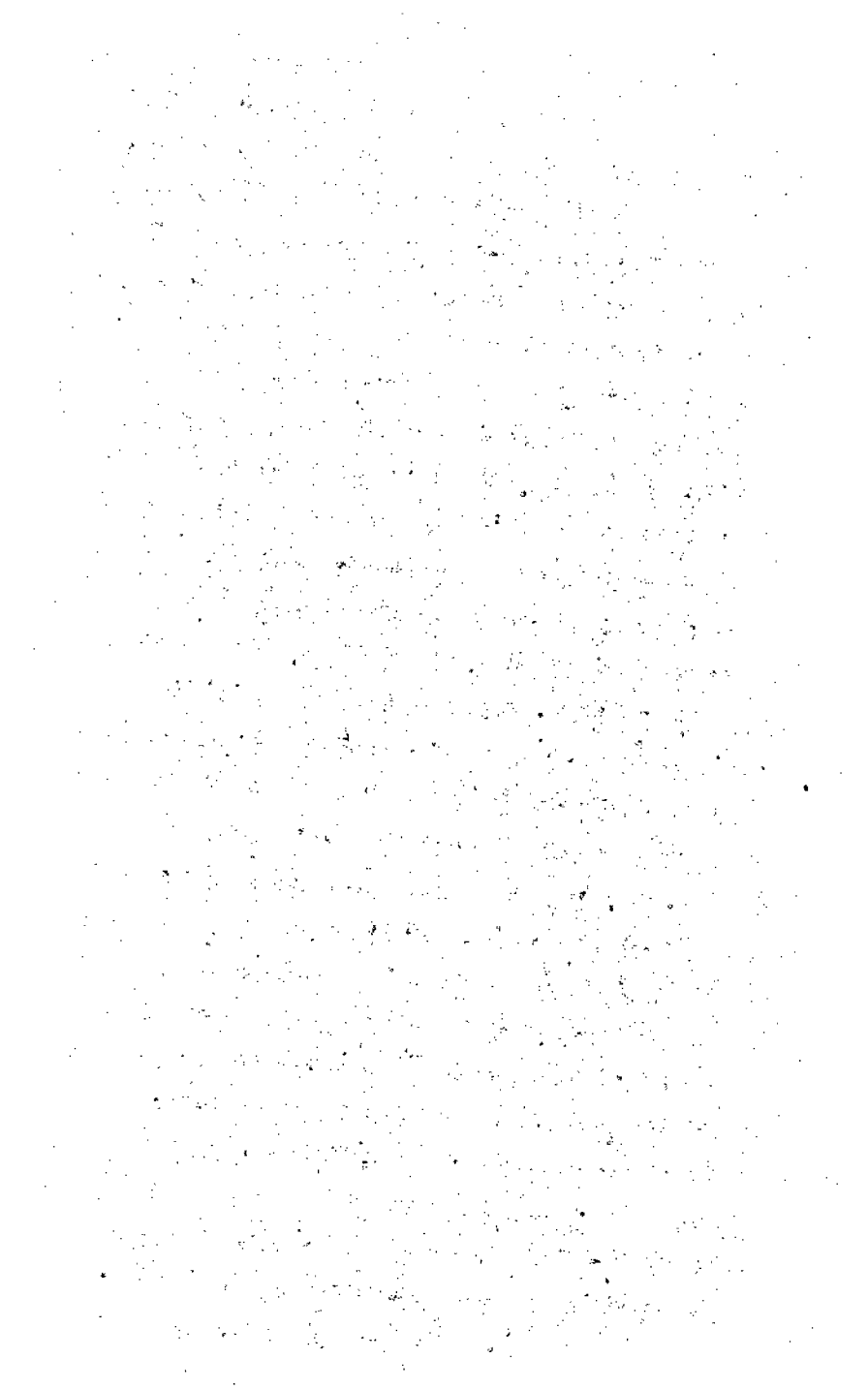
Terminada que fue y ya muy avanzada la noche, diez o diez y media, se procedió a constituir la Delegación; de la que, con satisfacción lo afirmo, forma parte lo más entusiasta y patriota de la colonia. Durante el acto se dirigieron a la concurrencia en palabras sentidas y vibrantes: Camacho, Estella y Fernández Ferraz; dando por terminada la ceremonia el infatigable propagandista y hombre meritísimo don Alejandro Bienes.

En Yaguajay pasamos el resto del tiempo hasta el día siguiente en que, a las once de la mañana, tensamos de nuevo el tren con dirección al puerto. En el paradero y a instancias de mis amigos los comisionados, que me hicieron un honor que agradezco, di las gracias a todos por la buena acogida que nos dispensaron, en nombre de la Asociación Canaria.

¡Asociación Canaria gloriosa, redentora y bendita!

Mayo 8 de 1907.

IV.





Hoy me corresponde dedicar este artículo a la Delegación Canaria de Camajuaní, hace meses constituida.

Son causas, entre otras, el creciente desarrollo que en tan corto tiempo ha alcanzado la dicha Delegación, el acompañarnos su digno presidente, señor Álvarez, y secretario, Juan Socorro, en la última jornada por Pláquetas, Zulueta y Yaguajay; y más que ninguna, el haber permanecido en aquel bello poblado durante cuatro días, luego de haber calmado mi compromiso con la comisión constituidora.

El tren que nos había de conducir a La Habana, desde Caibarién, donde por cierto se trabaja activa y prácticamente para abrir una delegación a la altura del número e importancia de los elementos canarios de la rica villa, pasaba por el término camajuanense y ya sabíamos, por telegrama cursado a propósito, que allí se disponían los paisanos a agasajarnos cumplidamente.

Al llegar al paradero, nos encontramos con la grata sorpresa de una legión de amigos, animada por atentas señoras y señoritas, ávida —esta es la palabra— de compartir con nosotros los gloriosos triunfos alcanzados.

Vitores, aclamaciones, abrazos; todo lo que manifiesta el regocijo, la alegría feliz, fue entre canarios de La Habana y canarios de la moderna y amplia villa. No podían olvidarse de aquella otra comisión de la Central que en día memorable y dichoso, ¡3 de febrero de 1907!, abrió su delegación, la que hoy cuenta

con un nutrido contingente de mil quinientos a dos mil asociados. Espinosa, el ilustre compatriota, a quien temo lastimar con esta cita, había dejado con su oración inaugural una estela fecunda de admiración, simpatía y convencimiento; tríptico de sentimientos hermosos que gana, mes por mes, centenas de prosélitos para la noble causa de fraternidad y reivindicación canaria. Hubo persona que hasta lloró al recordar el discurso del notable paisano. «Cómo no adorar a ese hombre, decía, que con su palabra vibrante, llena de verdad y de fuego patriótico, logró romper el bloque de indiferencia con que se acorazaban los corazones de muchos canarios, así un médico moral que a golpe de bisturí y a fuerza de cauterio extirpa y quema todo germen nocivo, toda ponzoña de mala fe u olvido, ¿cómo no quererle, Cabrera? ¿Cómo no desear siempre para él todo género de venturas; el logro de sus buenos deseos?».

También recordaban con cariño a Amador, al incomparable primer vicepresidente de nuestra Asociación. Él, repetían, fue también uno de los que más contribuyeron, con su presencia bondadosa y su charla de convencido, a despertar nuestro espíritu de unión. Lo mismo hablaban de Casañas, de Vergara, de Ruiz, de Brito, de todos los victoriosos comisionados de aquella primera expedición.

Insistieron en que habíamos de hacer noche en Camajuaní, pero era imposible; cual más, cual menos, había abandonado sus negocios y de ninguna manera podían distraer más tiempo. Yo, el menos ocupado y con la obligación de saludar a íntimos familiares hube de quedarme; Camacho estuvo indeciso, mas, al fin, comprendió que un ineludible deber le llevaba hasta Camagüey; no he podido enterarme si cumplió este viaje.

Eran las seis de la mañana. Camajuaní mostraba un aspecto risueño, encantador. Un ajetreo constante de vendedores

y carromateros daba vida a la población. Cientos de jinetes en bestias andadoras y hermosas, cruzaban las calles llanas, regularmente trazadas de la villa. Un amigo mío, Tarajano, presidente de la Junta de educación en el término, pasó por mi lado saludándome atento y con gran seriedad. Otros camaradas pasaban también y también me saludaban. Y al fin llegó Mariano Maderos, un buen compañero, que desde la noche había concertado conmigo un viaje por el campo; viaje de recreo y al mismo tiempo de propaganda canaria.

Montados que fuimos en magníficos caballos, tornamos carretera hacia San Lorenzo, por la Quinta. Durante el viaje, canarios y más canarios nos salían al paso, interrogándome con un interés grande, consolador, por el estado de la Sociedad; por la Casa de Salud recién abierta; por el mérito de los directores médicos de la misma; por el administrador, hermano de Mariano, y que vivió mucho tiempo allí, en el pueblo de los paisanos.

Pueblo de los paisanos he escrito y he escrito bien. Camajuaní es de los hijos expatriados de las Afortunadas. Aquí una tienda: «Cubay Canarias», cerca un puesto de frutas: «El Teide», al lado mismo una fonda: «Fonda Canaria». Dos cuadras más distantes la tabaquería «La Palma», el café los «Siete Peñones». Todo, en resumen, nos recuerda las Islitas.

Y no digamos de las gentes. Estoy por asegurar que la mitad de los habitantes de Camajuaní son nacidos en Canarias y que de la otra mitad, una buena parte, tienen muy cerca su procedencia de las Islas. Es que los colonos de toda la zona son *isleños*; es que en los vegueríos no trabajan otros braceros que los *isleños*. Los *isleños*, esos hombres honrados, buenos, intachables, que con el sudor de su frente pagan a Cuba la hospitalidad que cariñosamente les dispensa.

A las dos de la tarde llegamos a la Quinta. La Quinta es una comarca pintoresca formada por veinte o treinta viviendas, con

una pequeña ermita y una estación de ferrocarril que le da vida y animación. En ella, hicimos alto y almorzamos al estilo criollo: lechón asado, huevos fritos, arroz con plátanos, agua y frutas. Ya dadas las cuatro emprendimos de nuevo la marcha, por entre palmeras y cañaverales. Habíamos de estar, en media hora, en la casa de D. Vicente Hernández, un firme defensor de los intereses canarios; y así pasó.

Mas, D. Vicente había salido al campo. La atroz sequía que devasta los potreros y marchita las hojas del tabaco, le obligaba a buscar patos para las reses; viéndome así, privado de departir un rato con este viejo amigo, que es un modelo de buen sentido y corrección.

Se hizo muy tarde y partimos, al galopar de los brutos, para Camajuaní. Ya allá, y descansando un tanto de la gira, fuimos a unirnos con Álvarez, Carmona, Febles, Velázquez y tantos otros caudillos de la Asociación.

Y fue entonces, con ellos, al cambio de impresiones y al exponer de propias creencias, cuando acabé de convencerme que la Delegación de Camajuaní es el más potente sostén del edificio canario en Cuba; edificio que, si se me permite la expresión, diré está descañando sobre la sólida resistencia de diez mil columnas.

Diez mil, es el número de nuestros asociados.

Habana, 9 de mayo de 1907.

V.



Juan Villarreal, Vicente Sosa Taño, Leodegario Mederos Carballo, Francisco Ortega Taño, José Villarreal, Benigno Hernández Duque, José Guerra Talavera, José Peña, Juan Peña, Francisco Orama, José María Rodríguez, José María Yáñez, Manuel Pino Manuel Sosa Taño, Felipe Méndez Pérez, Eusebio Martínez, José Miguel Guerra, y Pedro Suárez López.

He aquí dieciocho nombres que son los de otros tantos defensores de la Asociación Canaria; dieciocho nombres de buenos paisanos de Vereda Nueva que, comprendiendo el triste abandono en que se encontraba la colonia, se levantaron decididos y marchan triunfantes, con el pabellón de la patria al frente, hacia la conquista de la fraternidad y la reivindicación regional.

Escribo esta crónica en San Antonio de los Baños —precisamente en la casa de un compatriota patriota y digno, y que preside a los delegados de San Antonio, D. Pedro Pestana— y la escribo aún emocionado por el brillante triunfo conseguido en esta última jornada. Estoy convencidísimo de que ya nada nos saldrá mal. La fortuna guía nuestros pasos y protege nuestras acciones. De otro modo sería inexplicable el caso de tanta y tanta victoria. Victorias soberbias, victorias inesperadas, nunca vistas. Pues que, ¿no es asombroso el hecho de contar con trescientos veinticinco asociados en el término de Vereda Nueva? ¡Trescientos veinticinco!, y con la consoladora esperanza de aumentar, en breve, tal

número elocuente, como diría el simpático amigo Ramos, a este otro elocuentísimo de cuatrocientos. Hay que ver lo que es el poblado de Vereda Nueva. Camajuaní, por ejemplo, con los mil quinientos socios en su Delegación se queda muy atrás en importancia. Importancia relativa, se entiende. Ya dije ayer que de todas las columnas del edificio canario en Cuba, la más potente, la más firme, es la de Camajuaní.

Y vamos a reseñar la fiesta del domingo. A las ocho, más o menos, tomamos el tren en La Habana la comisión de la Central. Presidíala el segundo vicepresidente de la Asociación, señor Antonio Suárez Franco, e iba formada por más de veinte canarios a cual más entusiasta. Yo daría nombres pero me temo cualquier omisión y las omisiones me resultan peligrosas. Lo que sí afirmo y lo afirmo sin temores, es que difícilmente se puede formar otra más selecta y en la que reinara más concordia. Verdad que lo elevado de la encomienda apagaría todo disgusto, toda inconformidad.

Hicimos alto en el paradero de Saladrigas. Una orquesta de buenos músicos nos saludó a la llegada, con los aires marciales, bellos, de la Marcha Real española. Y emprendimos, más luego, camino hasta llegar al salón «José Martí», donde se nos recibió cariñosamente por los delegados de Vereda. Allí departimos también un buen rato con hermosas señoritas, agradable nota de la celebración; siendo a las doce de la mañana cuando abandonamos el local, para asistir a un banquete con que quería obsequiársenos.

Sin exagerar nunca he visto, en actos de esta clase, mayor alegría; un regocijo igual. Si brindar es hacer votos por la prosperidad de alguien o de algo, mucho se brindó durante el almuerzo. Por todas partes se oían alabanzas y buenos deseos para la joven Asociación y sus miembros.



A propósito, uno de ellos, D. Juan Suárez me parece, tuvo la feliz idea de abrir una suscripción destinada a abonar los gastos que pudiera ocasionar el arreglo de una cubierta de guano en la casa de una pobre mujer. Un cohete de los que se habían disparado en honor nuestro, prendió fuego en dicha cobija; y gracias la presteza de los auxilios no ocasionó mayores desgracias. Dieciocho o veinte pesos fue el resultado de la recolecta.

Llegada la hora que se había fijado, tres de la tarde, procediose a posesionar o la Directiva. El acto fue hermoso solemne. El primer turno entre los oradores que habían de dirigir la palabra a la nutrida concurrencia lo consumió Camacho, que trató de cantar las glorias del regionalismo canario, hablando después de la mujer, su obligado tema, y concluyendo felizmente con un himno de cariño y admiración para Cuba. Le seguí yo y para mi tentativa de discurso solo usé del recuerdo de la Patria; de ese recuerdo ligero, puro, delicioso y fecundo, que tanto bien brinda a nuestras almas, que hace, en su expresión, buenas a las frases más torpes y delicados a los más vulgares de los pensamientos. Jiménez, el secretario de la Sección de propaganda, ocupó el tercer lugar con oración sentida. Después Ramos, de quien muy propiamente puede decirse que habló más con el corazón que con el cerebro, ganándose una ovación constante y merecida. Y por último el culto compañero D. Víctor, extenso y elevado en su peroración.

¿Cómo terminaré estas cuartillas? ¡Ah!, volviendo atrás para consignar que las cuatro puchas de flores que adornaron la mesa del banquete fueron ofrecidas a las dignísimas señoras del presidente y vicepresidente de la Delegación, a la también digna y culta esposa del teniente alcalde, y a la amable joven, oriunda del archipiélago afortunado, la afortunada «Lola» Guerra.

Ahora vayan para todas desde aquí, las flores pobres, pero eternamente frescas de mi gratitud y respeto. Con ellas mis afectos para los paisanos de Vereda Nueva. Nunca sabré pagarles las deferencias que repetidamente me dispensaron.

San Antonio de los Baños, 13 de mayo de 1907.

VI.



No me canso de consignar los grande y repetidos triunfos que día tras día van conquistando mis paisanos de Cuba. Es verdaderamente asombroso el movimiento de solidaridad que se observa entre los canarios. No ya en esta isla, en toda América, no se registra un caso igual. Hay que tener en cuenta múltiples causas que pudieran influir en perjuicio de nosotros, tales como nuestra costumbre de aislamiento y el ejemplo de pasados fracasos en las tentativas que otros antecesores hubieron hecho por la asociación. ¡Y pensar que así y en un lapso de tiempo que apenas llega a diez meses, ya contamos con un contingente de asociados que se hace invencible! Esto llena de satisfacción a nuestros sentimientos; nos llena de orgullo, porque orgullo y satisfacción deben cabernos al haber demostrado a torpes y mal intencionados que nosotros, los hijos del prodigioso archipiélago de las Afortunadas, los descendientes de la brava y heroica raza de tantos valerosos, los hermanos en patria de Galdós y Estévez, de los Iriarte y de Viera y Clavijo, sabemos hacer algo más aquí en Cuba, que servir de peldaños para que Centros ajenos lleguen al cielo del engrandecimiento, desde donde se nos miraba *carinosamente*...

Sí, hemos dado pruebas evidentes de que no somos, ni con mucho, refractarios a la sociabilidad, a la sacrosanta sociabilidad que, hoy por hoy, practicada por nosotros, constituye lo

que muy bien puede llamarse nuestra reivindicación ante el pueblo cubano, como el solemne y fuerte mentís tirado al rostro de los acusadores maliciosos.

Ya jamás se gozarán con nuestro indiferentismo por las cosas de la patria; ya no nos han de ver desunidos, atomizados, confundidos en el montón anónimo. Siempre, lo afirmo sin temores al ridículo, siempre tendremos en lo adelante una representación social que nos eleve, que nos dignifique, que nos defienda en todos los órdenes de la vida.

Tengo como garantía para hacer tal manifestación, muchas y muchas pruebas de patriotismo dadas por mis paisanos en las aperturas de delegaciones a que, como comisionado, he tenido la fortuna de asistir; el esclarecido nombre de los compatriotas que forman las directivas de todos los organismos de la sociedad, sin olvidar el cuerpo facultativo y el administrativo; el espíritu estrictamente noble y libremente práctico del reglamento de la Asociación: beneficiar, instruir, dar recreo; y más que nada, la humildad de nuestra prédica, lo concreto de nuestra tendencia.

No queremos deslumbrar a nadie con magnificencias y fantasías; no presentamos grandezas que hagan adorable el exterior, quedando por el sacrificio que ello nos ocasione obligados a desatender asuntos primordiales; no hacemos promesas que serían incumplidas...

Y observo, pues, que me he perdido en notas incidentales. Mi propósito al poner en la primera cuartilla «Alma canaria», era hacer crónica de todo lo acontecido en nuestro viaje de delegados por Q. de Güines y Rancho Veloz; hablando de paso de la rica, de la exuberante vegetación de los campos cubanos, atravesados por el ferrocarril que desde La Habana ocupáramos; hablando de Sagua la Grande una villa amplia, importante, con magníficas calles y soberanos paisajes; hablando de

los términos pintorescos, simpáticos, comerciales, en que enclavaremos el pabellón canario. Mas, ya no me queda tiempo ni lugar. *Cuba y Canarias* tiene ciertos compromisos con sus lectores, que no la deja perder, así así, columnas y columnas. Limitáreme a hacer la siguiente, ligera reseña:

Salimos de La Habana el Sr. Domingo Tejera, el Sr. Fernández Ferraz y mi elevada persona —mido más de ciento sesenta centímetros—. Tejera fungía de presidente de la Comisión, D. Víctor era el venerable y yo el Benjamín. Todos ocupamos buenos asientos en el tren y todos charlamos con temas variados; unas veces religiosos, otras políticos, algunos de interés económico, de historia, de filosofía, y hasta de amor. Una joven cubana que se acomodó en un sillón vis a vis a nosotros nos arrancó sentidas frases de admiración y cuenta, lector, que era curiosísimo, peregrino, oír a don Víctor palabras galantes, requiebros picarescos, dulces piropos, expresados en latín; sí, Fernández Ferraz, nuestro querido acompañante, lo mismo habla en lengua cervantesca, que en el muerto idioma de las sentencias y la poesía...

Dormimos un poco durante el trayecto, cambiamos de diligencias dos veces, tres veces; nos estrechamos efusivamente las manos con amigos que nos salían al encuentro en las estaciones; y abrazamos, ya cerca de Sagua, al entusiasta propagandista de la Asociación Canaria, delegado especial, Vicente Castro y Nóbrega. Ya éramos cuatro y los cuatro llegamos a la urbe de las inundaciones. Allí permanecemos un día.

Era una mañana fresca, espléndida. Un gran bullicio cundía en los aires. El señor director del *Diario Español*, muy atento, nos acompañaba. Íbamos rumbo al paradero de los trenes para Caguagas. Al toque de las doce entramos en el vagón. El director del *Diario* se había marchado. Partiendo el vehículo rápido, velozmente.

Al poco tiempo hicimos alto; un grupo inmenso de canarios nos recibió al grito de viva Cuba, viva la Asociación y vivan los comisionados. Nosotros contestamos agradecidos. Se nos sirvió un pequeño almuerzo y cogimos bestias hasta Quemados de Güines.

¡Qué hermosa jornada! Nunca habré de olvidarla. Pasaban de cien los jinetes y había que ver el regocijo, la inmensa alegría que reinaba en todos ellos.

Ya en el pueblo los agasajos se redoblaron. Músicas y aclamaciones se repetían por todas partes. Un gran gentío se reunió a nuestros pasos por las calzadas y la plaza.

La primera visita que hicimos fue para el señor alcalde, Meoqui, autoridad apreciadísima por los vecinos del término y al que en particular debo deferencias. Después pasamos a la morada del señor Antonio Cordero, el que había de ser luego confirmado en el alto cargo de presidente de la Delegación de Quemados de Güines. Allí cumplimentamos a su señora esposa, joven y culta cubana, y se nos presentaron un sinnúmero de canarios ávidos de departir con nosotros.

Un aparte para dos amigos: Marcos García y Domingo Pérez, que desde el primer momento en que me conocieron se concretaron a atenderme demostrándome simpatías.

A las cuatro de la tarde se abrió el acto en que se posesionaba a la Directiva. Quedó solemne y magnífico. D. Víctor Fernández Ferraz hizo de heraldo, y con voz vibrante dijo la buena nueva de la completa victoria de los canarios en la República. Su discurso fue largo y hermoso, teniendo periodos muy emocionantes. Yo le seguí en turno y solo diré que nunca me ha tratado auditorio alguno con el cariño del de Quemado de de Güines; extremó su benevolencia hasta la exageración. Tejera cerró el acto con palabras sentidas, quedando regida la Delegación en esta forma:



Presidente, Antonio Cordero.

Vice, Vicente Martín.

Secretario, Domingo Pérez.

Vice, Marcos Martín.

Tesorero, Juan Guillén.

Vice, Manuel Cordero.

Vocales: Juan Cabrera, Cristóbal Negrín, Toribio Padrón, Andrés Marrero, Gabino García, Timoteo Funes, Sebastián Triana, Jacinto Molina, Ramón Casanova, Remigio La Cruz, Felipe Piñeiro, Santiago Fernández, Ángel Santos, Francisco Martínez, Rafael Ruiz, Simón Sosa.

Médico: Dr. Roura, hábil cirujano y correcto caballero.

Por la noche nos obsequiaron con un buen banquete en el que en fraternal parola, se confundían cubanos y canarios. A mí me tocó iniciar los brindis. Habló después, con aplaudidas ocurrencias, el Lcdo. Baeza; don Víctor, muy bien; y el señor representante por Santa Clara, Antonio Longa. Yo no tenía el gusto de conocer al señor Longa, y puedo asegurar que aprendí a apreciarlo desde que manifestó en su sentida oración afecto por Canarias. Todo su discurso fue como un himno a la fortuna, para que concediera su pródiga bondad al archipiélago amado y a este lugar de las Antillas tan bello y tan hospitalario. La comisión hizo que yo, representándola, le contestara en nombre de la patria.

De la mesa al salón de baile; baile que resultó soberbio. Una serie de nombres de cultas señoras y lindas señoritas. Entre estas: Ana María Lasarte, delicada, adorable, y sus dos hermanas Raquel y Adriana; Dolores Martín, una buena compañera; Asunción Sánchez; Enriqueta Lezana, incomparable; Celia Flora Olivert; Encarnación y Emilia Lazarte; Juana y Rosa Morejón; Emilia Pontego y Caridad Hernández.

Señoras: Petra Alfonso de Cordero, Emilia Lezama de Meoqui, Matilde Lazarte Méndez y María Díaz de Alfonso.

Concluyendo así, con celebración tan agradable, la fiesta canaria de Quemados de Güines, de la que conservaré gratos e imperecederos recuerdos.

El lunes seguimos a Rancho Veloz. La distancia de un pueblo a otro es de cinco a seis leguas, y las hubimos de atravesar en briosos caballos. La naturaleza es fecunda por estos sitios. Cañaverales y palmeras, vegueríos y maizales, se alzaban a nuestra vista. Dos, tres ingenios con sus chimeneas empinadas y el concurso de sus casitas blancas, se destacaban en el regio panorama. Mi sentimiento de artista sentía una rica deleitación.

Tras una hondonada extensa apareció al fin la feraz comarca de Rancho Veloz. Es comarca pequeña pero de encantador aspecto. Las viviendas lucen sus cobijas de teja roja, brillante. Casi a la entrada del pueblo, a la derecha, un monte majestuoso; casualmente hago memoria de que, en su cima, una palmera herida de muerte por un rayo, con sus pencas caídas, nos daba la ilusión de una enorme cigüeña que contemplaba a los viajeros.

El día en Rancho Veloz pasó entre lluvias; el agua fecundizadora besaba pertinaz, monótonamente, a la madre tierra y solo a las ocho de la noche, hora fijada por Tejera para abrir la Delegación, pudimos abandonar la fonda.

En ella tuve el gusto de charlar con jóvenes animosos, amantes de la literatura, que a fuer de valientes sostienen un periódico, *El Juvenil*, que con *La Semana* constituyen allí la prensa. Estos jóvenes, para los que conservo sincera gratitud, se llaman Juan y José Manuel Coto, Leiseca y José Solís.

A las ocho, como ya indiqué, abriose la Delegación, posesionándose a los señores que siguen:

Presidente, Marcial Hernández.

Vicepresidente, Alfredo Leiseca.

Tesorero, Justo Rodríguez.

Secretario, Manuel Coto.

Vicesecretario, José R. Capus.

Vocales: Esteban Leiseca, Juan Núñez, Francisco S. Suárez, Francisco Casanova, Juan M. Raya, José Navarro, Manuel Mata, Esteban Ocaño, Alberto Lastres, José Buría, Ramón M. Borges, Juan M. Leiseca, Joaquín Robaina, Juan M. Coto, José García Martín, Salvador Medina.

Correspondíome hilvanar unas frases, ser el primero en distraer la atención de los concurrentes; luego el Sr. Ferraz, como siempre acertado, y Baeza.

Dejé, a propósito para citarlo ahora, un precioso y corto discurso del Sr. Marcial Hernández, gran entusiasta, que dio las gracias por la designación que para presidente se le hiciera; designación que aceptó gustoso para bien de la sociedad canaria. Propuso el Sr. Hernández que la Central extendiese nombramiento de presidente honorario de la Delegación a favor del Sr. Castro, y todos acogieron la idea con un nutrido aplauso. Por mí puedo decir que Castro Nóbrega es un digno.

Íbamos a retirarnos cuando alguien descubrió que el secretario de la Delegación, Sr. Coto, traía un pliego escrito alusivo al acto.

Yo pude arrebatárselo y le di lectura ante el público. Coto, demasiado modesto, creía pobre su trabajo para figurar en la fiesta.

¿Qué más? Una parranda, como decían en mi Palma, una serenata en calle libre, que duró hasta las tres de la mañana. Un poco de descanso. Y el retorno a Caguagua a las siete del otro día.

Todo, pues, ha pasado, todo se ha ido; solo nos queda la dulce, la suave, la exquisita impresión de unos momentos de dicha.

¡Dicha!, ¡dicha apreciada, dicha inolvidable!

26 de julio de 1907.



Delegación de Camajuaní.



Delegación de Cabaiguán-Guayos.



Delegación de Pinar del Río.



Delegación de Vereda Nueva.



Delegación de Güira de Melena.



Delegación de San Antonio de los Baños.

VII.





De Quemado de Güines a Rancho Veloz, de Rancho Veloz a Colón.

El viaje fue largo y agradable. Primero a caballo y luego en tren. Siempre contemplando campos ubérrimos, montes repletos de altas palmeras que al correr veloz de los ferrocarriles se miran como en marcha triunfal, así desafiando al cielo con sus penachos erguidos, uniformes.

Aquí se percibía el cantar lejano, rítmico, de los boyeros; más allá algún himno patriótico repetido por suaves voces infantiles; algo lejos la cantinela armónica, rica, hermosamente original del punto cubano que nos causa placidez, una placidez indescriptible.

El guajiro gusta mucho de la alegría, del placer; y vedlo que aún en medio de la desventura, le queda alma para alabar a la patria en sentida melodía; para decirle al aire de sus penas; para pedirle al sol que cese en sus ardientes caricias con la madre tierra prolífica, soberana.

En el vagón venían conmigo Tejera, don Víctor, Castro Nóbrega y dos jóvenes sagüeras, ambas delicadísimas, ambas adorables, ¡cómo sentimos nosotros que se quedaran al llegar al término de Santo Domingo! A Colón entramos a las dos de la tarde. Luego de apearnos y abrazar una partida de entusiastas canarios, que sienten el embravecimiento de defensa por el buen nombre de la colonia, seguimos a una fonda del pueblo. Allí descansamos del gran estropeo de tres días en un trajín constante.

A las seis rodeábamos una mesa. Comíamos y charlábamos. ¿Cuál era el tema de la conversación? Canarias y siempre Canarias.

Más tarde, a las ocho, fue la apertura de la Delegación. Al acto asistieron gran número de paisanos; representantes de la prensa, a los que debo finas atenciones; y gentes cubanas y españoles peninsulares. Junto a mí quedó el médico señor Enrique Pascual, muy culto y muy caballeroso, hermano de aquel inolvidable patricio José M. Pascual, gloria malograda en el apogeo de sus fuerzas intelectuales.

El señor José M<sup>a</sup> Jiménez, digno secretario de la Sección de Propaganda, había venido desde La Habana a unirse con nosotros y él fue quien ocupó el primer turno entre los oradores. Su discurso fue corto y sencillo, terminando con una brillante alocución, en la que ensalzaba los méritos de doña Leonor Pérez, la madre del Apóstol de las libertades cubanas muerta recientemente, y que naciera allá en lugares tinerfeños. ¡Lazo de más que une a Cuba con Canarias! ¡El vientre que concibió la figura más grandiosa de las Antillas y aun de América, era vientre de una hija de las antiguas Afortunadas! Jiménez mereció aplausos y aclamaciones.

Después de él yo; luego el señor Fernández Ferraz. De esta vez, nuestro honroso acompañante estuvo magnífico; con bríos de joven elevó una alabanza a los canarios de la isla de Cuba que tan ansiosamente se han acogido al pabellón regional; dijo de las proezas que día tras día ganan en el mundo civilizado las colectividades, ensalzó los méritos de los Iriartés y de Galdós y de Estévanez, y elevó una plegaria consoladora a la diosa Ventura para que siempre, como ahora, nos acogiese bajo su protección. ¿Diré que en el final estuvo don Víctor muy místico? No, no lo diré, seamos respetuosos con las ideas ajenas.

He aquí los nombres de la Junta Directiva de Colón:

Presidente: Francisco Rodríguez Loreto.

Vice: Antonio Marcial y Mateo.

Tesorero: José Martín Oliva.

Vice: Antonio Horta Chaves.

Secretarió: Francisco Rodríguez Hernández.

Vice: José Arnao y Valdés.

Vocales: Juan Alfonso González, Francisco Marcial Mateo, Augusto Frasceda Cartaya, Agustín Febles González, Miguel Artiles Morales, Ramón Grijalba Rodríguez, Óscar Rodríguez y Fernández, Miguel A. Rodríguez y Hernández, Elisto Vidal, José González y García, Facundo Castellanos y García, Carlos Sánchez y Monzón, Tomás Castellanos y García, Juan Pérez y González, Juan Herrera, Juan Hernández Quintana, Martín Errasti y Guerra.

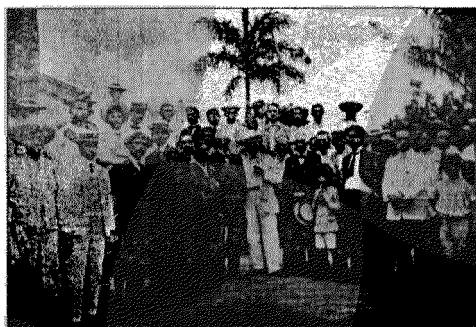
Médico: Enrique Pascual y Argüelles.

Ahora, aprestémonos a seguir luchando. El descanso será, cuando sea el coronamiento de la obra; que no llegará jamás, porque nuestro ideal es infinito. Tras de nosotros, otros, tras de esos otros, otros...

26 julio de 1907.



Delegación de Quemados de Güines.



Delegación de Rancho Veloz.



Delegación de Alacranes.



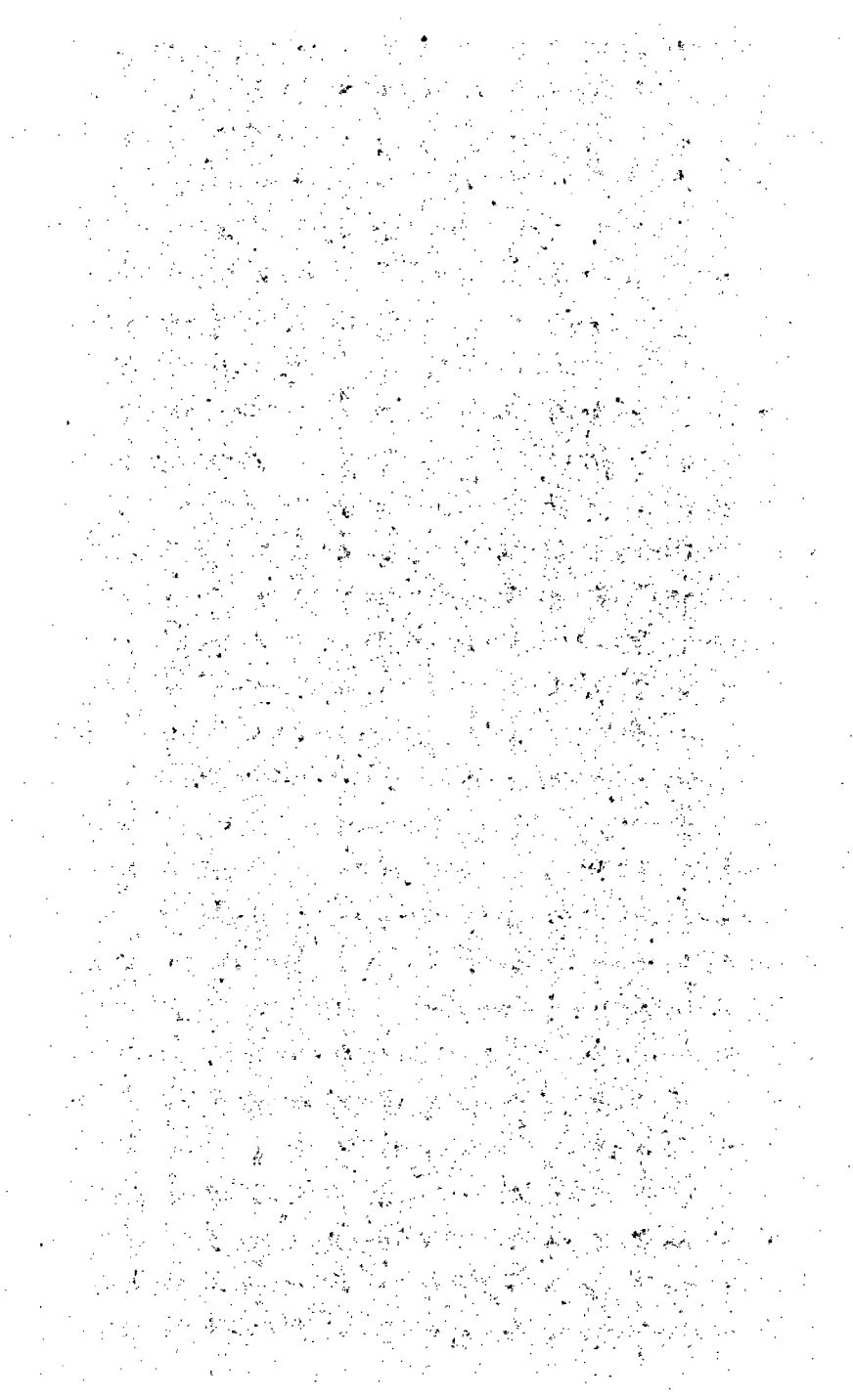
Delegación de Punta Brava.



Comité de Jesús del Monte.



Delegación de Marianao.



VIII.





Hay dos nuevas y brillantes páginas para añadir a la gloriosa historia de la Asociación Canaria de Beneficencia, Instrucción y Recreo: la apertura de las delegaciones de Alacranes y Cabezas.

La fortuna ha hecho que yo sea siempre uno de los designados por la Directiva para ir a constituir esas prolongaciones de la Central, como ha dicho muy acertadamente un querido compañero, dando así margen para que sea también el que pregone en la prensa los repetidos triunfos de nuestra colectividad.

Tarea esta propicia para hacer grandes crónicas; para señalar múltiples y generosas apreciaciones; para esculpir con la pluma hermosos monumentos, simbolizadores de la grandeza del espíritu de los hijos de las Afortunadas, perpetuadores de nuestro sentimiento de gratitud hacia este pueblo noble, hacia esta tierra siempre hospitalaria, de una producción inagotable.

Quisiera tener esa bella habilidad del *Conde Kostia* para la descripción de las cosas; quisiera saber distinguir los detalles íntimos de la Naturaleza; quisiera penetrar en los altos conocimientos de la psicología de las multitudes, para así grabar sobre el papel lo hermoso de los paisajes cubanos, lo soberano de estos campos tan exuberantes en flores y tan ricos en varias manifestaciones de arte; lo elevado, lo sublime del entusiasmo de nuestros paisanos, al hermoso conjuro del recuerdo patrio.

Olvidareme de todo y voy a concretarme a hablar de este último término.

Sí, el solo nombre de Canarias despierta en sus hijos un regocijo tal, que parece como que se abstraen de lo que les rodea, trasportándose en alma a los queridos lares.

He visto canarios que al hablar sencillamente de la majestuosidad del Teide, por ejemplo, o del prodigioso desenvolvimiento comercial de la provincia, lloran de alegría. Así, y no más que así se explica el que alguien, como yo, se vea frenéticamente aplaudido al hilvanar unas frases patrióticas que, en todo caso, solo tendrían el valor de la sinceridad.

Hay que asistir a un acto como el que pretendo reseñar, para darse cuenta exacta de lo que en él ocurre.

De esta vez salí de La Habana, con los señores Tejera, Fernández Ferraz y Jiménez.

Apenas llegados a Alacranes, fuimos obsequiados con un sabroso almuerzo semi-criollo. Entre los comensales había buen humor, fraternidad. Lázaro Bango, el estimado representante de *Cuba y Canarias* en aquel término, se levantó y brindó por nosotros los comisionados. Yo, pobre hablador, me levanté y brindé por ello, los delegados. Cursó una hora y entonces nos encaminamos todos al Casino Español. Allí había de darse posesión a la Directiva canaria de Alacranes.

La celebración resultó solemne y consoladora. Jiménez fue el primero en dirigir la palabra al público, y lo hizo con mesura y sencillez. Paso por alto mi oración, y voy referirme a don Víctor.

Nunca, lo digo con orgullo, he mirado un auditorio más complacido que escuchando a don Víctor, viejo con corazón de niño, como él mismo humildemente se llama. Los aplausos se sucedieron durante el discurso y, al terminarlo, Lázaro Bango le felicitó con sentidas palabras, que hizo extensivas a todos.

Estos son los nombres de los delegados de Alacranes:

Presidente: señor Miguel Capote Gutiérrez.

Vicepresidente: señor Miguel Marrero Casanova.

Tesorero: señor Marcelino Padrón Castañeda.

Vicetesorero: señor Tomás Padrón Castañeda.

Secretario: señor Tomás de la Rosa Rodríguez.

Vicesecretario: Lázaro Bango Torres.

Vocales, señores Miguel Cabrera Parrilla, Miguel Marrero Montes, Enrique Pérez Cepero, Félix Armas, Antonio Pulido, Pilar Fernández, Francisco Pérez Montes, Francisco Barrera, Ignacio Padrón, Fernando Zamora, Álvaro Marrero Casanova, Teobaldo Arana, Rafael Barreta, Juan Padrón y Padrón y Lorenzo Castro.

Era tarde al salir del Casino Español, a cuyo presidente no olvidaré por las atenciones que tuvo para la comisión, y nos dirigimos al paradero que nos habría de conducir a Unión de Reyes para seguir a Cabezas. Yo iba del brazo de Cárdenas, el culto corresponsal de *El Mundo* en Alacranes, y ésta fue su expresión.

—Cabrera, fiestas como la pasada se repiten poco. Ustedes los canarios deben sentirse satisfechos; se llevan la simpatía del pueblo.

Nada más a propósito para cerrar una crónica. En el próximo ni número trataré de Cabezas.

10 de agosto de 1907.







En una crónica anterior prometí ocuparme de la brillante fiesta canaria de Cabezas, al constituir allí la Delegación de nuestro Centro, y voy a cumplir.

Y voy a cumplir lleno el sentimiento de grande, de íntima satisfacción, al recuerdo glorioso del triunfo social alcanzado; triunfo del que participaron, de un modo decisivo y notable, los generosos hijos de esta tierra.

Sí; en Cabezas, como en Rancho Veloz, los cubanos se han identificado de una manera tal con la doctrina del reglamento de la Asociación Canaria que casi, casi, se cuentan en mayoría en las respectivas delegaciones.

Y hay que ver las escenas de amor, de confraternidad, desarrolladas entre canarios y cubanos. Ambos se confunden en el mismo grito de alegría al invocar el nombre de nuestras bellas islas. Ambos elevan sus preces al Destino, porque devuelva a esta tierra la libertad que nación extraña amenaza; porque ondee triunfante el pabellón de la blanca estrella solitaria, como triunfante ondea aquí nuestra bandera de regionales.

En Cabezas el acto de constituir la Delegación se verificó en una amplia sala. La gente toda no cabía en ella y he aquí que mucha quedó en pleno campo, repitiendo los vítores y los aplausos de los que tuvieron la fortuna de haber entrado en el local.

El señor Domingo Tejera, el nunca bien alabado presidente de la Comisión constituidora, dijo en sentidísimas frases el espíritu

que nos animaba en aquellos instantes y dijo que yo había de dirigir la palabra, lo que hice en medio de aclamaciones a Canarias y a Cuba.

Don Víctor también habló y habló con mesura, con galanura, con la firmeza de un convencido de su prédica.

Levantándose el acto con la proclamación de la siguiente candidatura para ocupar los puestos de la Directiva de Cabezas.

Presidente: Cristóbal Sánchez.

Vice: Pedro García.

Tesorero: Isidoro Pérez.

Vice: Domingo Díaz.

Secretario: Abelardo García Tuí.

Vice: Vicente Grego.

Vocales: Eustaquio Navarro, Francisco Suárez, Juan Medina, Rafael Pérez, Anselmo Mora; Antonio Ulmo, Juan A. Pacheco, Luis del Rosario, Sebastián Medina, Jaime S. Romeu, Alfredo Díaz, Enrique Temprano, Juan A. Segura, Manuel A. Portela, Octavio Sorombo, José Bermúdez, Manuel García, Antonio González, José Rodríguez y Juan Boves.

Una nota para terminar: a las seis de la tarde se celebró un banquete en nuestro honor. En él brindaron todos los comensales, pasando después a la amplia terraza de un café del pueblo donde transcurrieron las horas, gozosamente, entre las físicas y cantos. Allí se oyó el punto cubano raro y armonioso; la malagueña, ese como quejido de expatriado; y la folía canaria, tan rica en ritmos y emociones, que parecía traer a nuestros pechos la suave, la delicada, la maravillosa caricia de nuestros padres, de nuestro hermanos, de nuestros amigos que allá, desde el Archipiélago, bendicen a obra de nuestra santa reivindicación.

11 de agosto de 1907.







Fue en Puerta de Golpe y en San Luis, donde quedaron constituidas, recientemente, dos nuevas Delegaciones de la Asociación Canaria; donde se levantó un altar consagrado al recuerdo de la patria pequeña e inolvidable; donde un grupo de hijos del Archipiélago afortunado, hijos de honor, hijos amorosos, comprendiendo lo grande, lo excelso de nuestra colectividad, se sumaron a ella con ansias de hacerla más fuerte, si es posible; más gloriosa, si cabe más duradera, si hay quien dude de que viva con los siglos.

Cada canario que se una al movimiento de nuestra Asociación viene, eso sí, alentado de las más nobles ideas, con la buena fe de la gente honrada; porque honradez es la divisa de la colonia.

Por eso es que hay retraídos; por eso que tengamos renegados: son los que no llevan puro el espíritu, limpia la conciencia; los que aún arrastran, en estas latitudes, el pesado fardo del localismo; la fatal, la malhadada carga de los odios y los rencores fraticidas; el inaudito «Inri» de renegados, ¡hay todavía quien oculte su patria!

Rémoras, venid conmigo a contemplar el sacrosanto espectáculo de cientos y cientos de hermanos unidos en santa adoración a Canarias; venid conmigo a ver cómo se confunden, todos, bajo un solo ideal, cómo invocando un nombre único, cómo cantando un himno de esperanza, de deseada resurrección, para

el archipiélago paradisíaco. Estoy seguro que ante escenas como la desarrollada en Puerta de Golpe y San Luis, de la región pinareña, vuestros corazones coléricos, se amansarían; vuestros sentimientos fríos tomarían el calor del entusiasmo y dándoos vergüenza de vuestra conducta, sacudiríais el polvo del torpe convencionalismo de isla a isla, prorrumpiríais en un grito jubiloso de triunfo; os habríais de encontrar felices; vuestra alma sería alma canaria.

Empezaré por hablar de nuestra llegada a Puerta de Golpe. Un grupo nutrido de paisanos nos aguardaba en la estación, recibiéndonos a golpe de abrazos y bajo el alegre son de himnos y danzones que interpretaba admirablemente parte de la banda de música de Pinar del Río, que con acierto inimitable dirige nuestro paisano y querido amigo Juan Jardín.

A poco fue servido un almuerzo íntimo, en uno de los hoteles del término; y en él hubo brindis, brindis sentidos y fraternales.

Unas horas de descanso y a constituir la Delegación. Presidió la ceremonia el gran canario y gran delegado especial de la Asociación señor Castro Nóbrega. Y fue él quien con palabras vibrantes llenas de fe y emoción, dio la buena nueva a la concurrencia: los delegados de la Asociación Canaria de Beneficencia, Instrucción y Recreo quedan posesionados de sus puestos. Un aplauso intenso acogió esta declaración de Nóbrega.

Después habló Camacho, luego yo. Ambos largo rato; ambos inspirados en el amor a Cuba y Canarias, esas dos patrias nuestras.

Por la noche los festejos tuvieron digno remate con un baile en que se reunió lo más selecto de la sociedad local. ¿Diré algo del baile? No, no diré nada. Tengo de él un recuerdo dulce y al mismo tiempo doloroso.

Al siguiente día partimos en tren para San Luis.

En este pueblo se repitieron los agasajos. Más de doscientos jinetes nos aguardaban en las inmediaciones del pueblo. Al poner nosotros pie en tierra, un grito triunfal de viva Canarias cruzó el espacio dejando en los ánimos la inefable dicha de una gloriosa evocación. Pensamos en el Archipiélago distante; en nuestras madres; en nuestros íntimos; y surgió todo en alas de la fantasía a nuestra vista.

A las doce se constituyó oficialmente la Delegación. El primero en hablar fue Camacho; el segundo Estella; el tercero yo; resumiendo con un discurso largo y discreto el señor Elosegui. Todos entre vítores y aclamaciones, hijas, para mí por lo menos, de extremada benevolencia.

Eran las seis de la tarde cuando se celebró el banquete en honor de los comisionados. ¡Qué banquete! ¿Brindis? De Camacho, mío, Estella y el señor Elosegui.

Tampoco voy a escribir nada del baile con que nos obsequiaron en San Luis. ¡Ocurrió en él algo tan poco agradable por parte de las jóvenes!!

En fin olvidemos esto y consignemos, para terminar, que ya todas las fiestas que nos quedan se parezcan a las de Puerta de Golpe y San Luis.

He aquí ahora los nombres de los delegados respectivos.

## **Puerta de Golpe**

Presidente de honor, Rafael Díaz, alcalde municipal.

Presidente efectivo, José Ramón Plasencia.

Vicepresidente, José Álvarez González.

Tesorero, Rafael Plasencia.

Vicesecretario, Arturo Miró González.

Vicesecretario, Rafael Robert.

Vocales: Agustín Padilla, Facundo Bravo, Octavio Justiz, Fernando Bencomo, Juan Lorenzo, Demetrio Bencomo, Lorenzo García, Lázaro Bencomo, Rogelio Arrastía, Manuel Lorenzo y Domingo Núñez.

## San Luis

Presidente de honor, general Jean Lorente.

Presidente efectivo, Florencio Chávez.

Vicepresidente, Francisco Betancourt.

Tesorero, Félix Ramos.

Vicetesorero, Diego Cabrera.

Secretario, Gabriel Perera.

Vicesecretario, Román García.

Vocales: Eduardo Plasencia, Domingo Plasencia, Adolfo Bencomo, Ramón Cabrera, José Arteaga, Agustín Vera, Antonio González, Sebastián García, Víctor López Prieto, Odón Armas, Juan Trujillo y Emilio Cabrera.



Delegación de Puerta de Golpe.



Delegación de San Cristóbal.



Delegación de Pinar del Río.



Delegación de San Luis.







¿Sabéis cuál es el día más glorioso que hemos gozado los canarios en Cuba, a través de los siglos, desde que se iniciaron las fraternales corrientes de emigración de nuestro Archipiélago, hacia esta paradisíaca y hospitalaria tierra?

¿No lo sabéis?

Pues ese día señaladísimo e inolvidable, es el 10 de noviembre de 1907.

Que se grave esa fecha, paisanos amantísimos, en nuestros corazones; que ella sea al mismo tiempo que motivo de nuestro orgullo, estímulo que nos obligue a perseverar en la santa causa de nuestra organización social; que de padres a hijos pase el relato de las fiestas realizadas, como el relato de algo sagrado que todos debemos venerar.

¡Diez de noviembre de 1907!

Para mí, verdaderamente, no celebrábamos en él el aniversario de la constitución de nuestra sociedad; no agasajábamos a tales o cuales hombres meritísimos dentro de la colectividad grandiosa; lo que hacíamos era más elevado, más resonante; era cantar con himno de cariño y fraternidad, el triunfo magnífico del alma de nuestra raza en esta isla de las Antillas. Por eso, por el canto, fue que en el banquete-almuerzo, que se dio en El Casino, tantos y tantos brindaran con frases sonoras aun a riesgo de una torpe digestión.

Ya la prensa toda ha dado cuenta detallada de ese primer acto del festival canario, así que he de pasarlo por alto, concretándome solo a hacer la crónica de la Asamblea magna —nunca la palabra magna estuvo mejor aplicada— que se celebró en los amplios salones de la Asociación, Teniente Rey, 71.

Allí estaba la plana mayor de los canarios de Cuba, salvo raras excepciones; allí estaba la Directiva del Centro, en pleno; estaba D. Alejandro Bienes, delegado general honorario del mismo; en la provincia de Santa Clara, la que mayor contingente de socios trae a la Asociación; estaban distintos representantes de las Delegaciones; y un público, ¡qué público!, apenas cabía en el local.

Y empezó la Asamblea.

D. Antonio Pérez y Pérez —sin elogios, porque no los necesita— pronunció breves palabras de apertura. Después Alvarado, el intrépido secretario interino, leyó una Memoria brillante, con brillante voz. Luego Jiménez, presidente accidental de la Propaganda, nos regaló el oído con un escrito sobre la importancia de las Delegaciones en el cuerpo social. Le siguió Tomás Felipe Camacho, dulce vate, desarrollando soberbiamente el tema del recuerdo de la Patria, y lacónicamente el de la importancia del regionalismo, que también le había sido encomendado. Llegó mi turno y consumí mi turno, versando sobre la influencia de la emigración canaria en Cuba; creo que también hablé de Estévanez y Linares, de Miguel Espinosa, Viera y González Díaz; los primeros viejos e integérrimos defensores de las libertades cubanas; los últimos compañeros ilustradísimos para los que guardo admiración y simpatías. Tras de mí, Estella con sentido discurso, alabando las proezas de la hidalga familia española con la majestad de su lengua soberana. Cerrando la hermosa ceremonia el P. Viera, inspirado y sencillo.

¡Ah!, me olvidaba de alguien, me olvidaba nada menos que del Dr. Fortún que viviseccionó [sic] al canario, encontrándole un corazón generoso y grande.

Ahora ¿os habéis enterado ya, lectores, del remate de todo? ¿No? Pues atended bien, que fue un remate digno.

Éramos más de ciento, los que en procesión sacra fuimos hasta el Cementerio; a ese lugar bendecido donde reposan tantos hermanos nuestros, y en la tumba del doctor Cubas, ese hombre inmaculado que entero el ánimo y alta la cabeza venerable, proclamara la inocencia de los desventurados mártires del 71, depositamos flores y plegarias.

También visitamos el mausoleo de los estudiantes; por ellos y por aquel español ilustre, gloria de nuestra extirpe, que en vida se llamara Federico Capdevila.

Habana 12 de noviembre de 1907.



XII.





Yo que siempre me he maravillado contemplando el nacer del sol tropical, rojizo y fecundante, y que aliento íntima adoración por la Naturaleza ubérrima y magnífica de esta bendecida tierra antillana, no puedo, no, resistir al deseo de dedicar unas cuartillas que sea, al crepúsculo matinal del día 1° de diciembre.

Fue un crepúsculo regio. El disco astral apareció radiante, triunfador, tras un bosque de palmeras centenarias —diríase hostia inmensa en pagana celebración a los campos cubanos— Aquí y allá se percibía un rumor de vida intensa. Las cañas cimbreaban gallardas. Y el aire juguetón y aromado, madrigalizaba vibrante en naranjales y en verdes vagueríos.

Íbamos en tren, comisionados para constituir definitivamente una Delegación en Unión de Reyes, José María Jiménez, presidente de la Sección de Propaganda, en la gloriosa colectividad nuestra; Vicente Castro Nóbrega, entusiasta delegado especial; Melchor Estella, uno que vale mucho entre nosotros; Tomás Felipe Camacho, poeta panteísta; y yo; y todos, cual más cual menos, fuimos presa de un dulce arrobamiento. Aquella mañana nos llenaba de rara melancolía; nos trasportábamos a Canarias. Sí; a nuestra patria jamás olvidada, donde también son deliciosos los amaneceres y donde, al igual que aquí, lo primero que alumbra y agasaja el Sol, con sus rayos fuertes y fulgurantes, es el cuerpo del pobre campesino que en

faena lenta, piqueta o arado en mano, va arrancando a la tierra la benéfica y santa canción del trabajo.

Cuatro horas nos duró el viaje, y cuatro horas estuvimos hablando de la semejanza de Cuba y Canarias, mis dos patrias amadísimas; siendo a las diez cuando nos apeamos del tren en el paradero del Unión. Este paradero ofrece al viajante un aspecto pintoresco y curioso: gentes de todas cataduras vense en él; pasajeros guajiros, con sus trajes especiales, que van a pueblecitos del interior; hembras cursis llenas de atavíos, gozosas al pensar que siguen rumbo a La Habana; negritos saltones chillando el nombre de baratijas que llevan en venta; pelotaris con trajes de tonos subidos; truhanes y hombres de bien; todo en amalgama confusa y abigarrada; todo formando una tronante algarabía.

Apenas puestos nuestros pies en tierra, nos sentimos fuertemente, fraternalmente abrazados. Ya los canarios de Unión de Reyes nos esperaban. Y allí vi a amigos distinguidos: a José y Juan Caudales, atentos y cariñosos hasta lo exagerado con mi humilde persona; a Manuel González Gómez, un camarada de las primaveras risueñas, que escribiría un cronista ramplón; a Capote, presidente de la Delegación de Alacranes, que a no tener otros altos méritos tuviese el de ser padre de la delicada y culta «Charitó»; y a otros, a muchos otros.

Fue lo primero ir al Casino Español, donde se nos sirvió un nuevo aperitivo; y digo nuevo porque, por lo menos a mí, un viaje me resulta estimulante inmejorable para comer.

Después nos fueron presentando a las autoridades del pueblo, que acudían solícitas a saludarnos. Luego un paseo por calles y lugares; visita al Ayuntamiento y a fábricas y fundiciones; almuerzo con brindis, ¿de quién?, de Castro Nóbrega y Melchor Estalla. Y después, ¡ah, después!, el acto de constitución, que fue solemne y excepcional. A él asistió este grupo de personalidades distinguidísimas:

Alcalde Municipal, señor Enrique Quevedo; juez, señor Germán Bocanas; presidente de la Delegación del Centro Asturiano, señor Francisco García; presidente de la de Dependientes y Casino Español, señor Pedro García Vega; señor Florentino Fernández, en representación del Centro de Detallistas; señor Eluterio Miniño, por la Delegación del Centro Gallego; y representaciones de las Delegaciones Canarias en Alacranes y Cabezas.

Abrió la sesión el señor Jiménez. Habló Camacho, ¿diré que soberbiamente? Sí, y pase el bombo que es sincero y no pedido. Habló Estella bien, muy bien. Hablé yo. Y habló Jiménez, con corrección y oportunidad. Eso por la comisión; por los delegados, hizo tema con su palabra irónica y festiva el señor Manuel González Báez, el que quedó nombrado presidente de la Delegación. He aquí sus compañeros: vicepresidente, José González Candales; tesorero, Antonio Padrón Hernández; vicetesorero, Diego Castro Ruiz; secretario, Fermín Díaz López; vicesecretario, José Antonio Bolaño García; vocales, Ignacio Padrón Hernández, Daniel Campos Ramos, Rafael García del Rosario, Juan Jiménez Rodríguez, José González Báez, Manuel González Gómez, Modesto Rodríguez Suárez, Juan Padrón Acosta, Eliseo Delgado, Manuel Granado Arencibia, Manuel Alonso, Bartolomé Quintana Pérez, Fernando López, Juan González, Ceferino Sánchez.

Cada nombre de estos que se fue pronunciando, una salva de aplausos por parte del auditorio. ¿No es este el mejor elogio que puede hacerse del personal de la Delegación de Unión de Reyes?

A las cuatro volvimos en ferrocarril, camino de La Habana. En el trayecto nos sorprendió el otro crepúsculo, el vespertino. ¡Y qué singular también, qué soberano! En las lejanías marinas, tenues tonalidades de naranja y amatista esmaltaban el azul-plomo.

del cielo; el mar lucía lago de plata bruñida; algunos pájaros volaban raudos hacia los árboles coposos; calma, silencio; jagonizaba el padre Sol!

2 de diciembre de 1907.



Melchor Estella.  
Delegado especial de la  
Sección de Propaganda.



Mariano Mederos.  
Delegado general.



Delegación de Bolondrón.

XIII.



[...] y en Güines, la porción de esta tierra cubana libérrima y noble y hospitalaria que más nos recuerda a la amadísima Canarias queda enclavado, flameando glorioso, el pabellón de nuestra Asociación, que es adorable enseña de amor y de paz; que es, lo digo con sincero entusiasmo, más que una bandera regional, la bandera símbolo de la hermosa, de la grande y verdadera confraternidad cubano-canaria.

Así fue el remate de mi discurso de antier en el acto de constituir la Delegación de Güines, y así quiero que sea el primer párrafo de esta crónica.

Porque verdaderamente, cuando yo visité por primera vez la bella villa güinera, al contemplar, aún en el rápido tren, sus campos fértiles de un fuerte verdor, que bordean ambos lados de la vía; escuchando el suave sonsoneo de la rica arboleda; el monorítmico canto del agua al deslizarse en caricia fecunda, sobre la tierra; algo extraño, como un dulce embaimiento, se apoderó de mí llevándome a los tiempos felices de mi niñez canaria.

Y en cuanto a la unión nuestra con los cubanos, bien puedo decir que de no haberla comprendido en aquellas fiestas de imborrable recordación: Cabaiguán, Placetas, Rancho Veloz, Vereda Nueva, La Habana misma, el ejemplo de Güines fuera

completa enseñanza. Allí en el amplio salón del Casino Español, criollos e hijos de las Afortunadas formaban una masa única, homogénea. Ambos aplaudían por igual nuestro santo ideal de Asociación; ambos victoreaban con ardor el recuerdo glorioso de Martí augusto, soberano, nacido de mujer canaria.

Fue lo primero de las fiestas en Güines la toma de posesión de los delegados, cuyos nombres eran acogidos con vibrantes salvas de aplausos.

Quedó presidente don Luis Sánchez García.

Vice, don Tomás Suárez García.

Secretario, don Pedro Rodríguez González.

Vice, don Pablo Marrero.

Vocales: don Félix Granados Alburúa, don Francisco Hevia, don Pedro Regalado, don Luis Tejada, don Manuel Sánchez, don Pedro Pérez, don Andrés Insúa, don José Izquierdo, don Pedro Domínguez, don Ramón Izquierdo, don Pedro Marrero, don Ciprián Rodríguez, don Óscar Díaz, don Manuel Fraga, don Antonio Milián, don Vicente Faría.

Vocal presidente de la Subdelegación de Catalina, don Antonio de Armas.

Delegados rurales: Amistad, don José Martín Pérez; Zaragoza, don Francisco García Rodríguez; Pico, don Francisco Tejada; Cruz, don Bruno Hernández García; Violento, don Antonio Alonso Luis; Candela, don Martín Reyes; Gamarra, don Martín Pérez Casanova; Guanajo, don José Alfonso González; Julia, don José Domínguez Vargas; Flor de Mayo, don Domingo Pérez Morales; Palenque, don Domingo Rosales Milián; Quinta, don Agustín Dumeró Dumeró; Lechuga, don Antonio Páez Morales; Babajagua, don Manuel García.; Providencia, don José Fuentes Díaz; Suárez, don Manuel Rivero; Alejandría, don José Padilla González; Río Seco, don Claudio Sánchez.



Inmediatamente subió a la tribuna el joven y buen compañero Alberto de Córdoba, que había acompañado a la nutrida comisión de La Habana y Córdoba con expresión sentida y armoniosa dijo cosas muy lindas, que hicieron más y más simpática su pequeña figura de gran orador.

Luego mi turno.

Después el señor Estella, como siempre abundante en pomposa palabrería, sonoro de voz y gallardo de presencia.

Después el licenciado Alba, tan dado a sorpresas, que nos demostró sus buenas cualidades.

El querido y admirado compañero señor Espinosa, con un discurso dechado de buen gusto; extendiéndose en atinadas consideraciones sobre el desarrollo social y su benéfico influjo para aquellos que lo practican; hablando con palabra fácil y brillantísima, de la compenetración que existe entre cubanos y canarios.

Y el padre Viera, el incomparable padre Viera, alma de la celebración, haciendo un resumen digno, con el que cautivó al auditorio.

A propuesta mía y por aprobación unánime, Viera quedó nombrado para presidente de la Delegación de Güines.

Eran las cinco cuando tomamos el tren para el regreso, con el corazón alegre y el ánimo bien convencido de que es la fortuna quien nos protege y nos ampara.

¿Olvidará el distinguido presidente de la Asociación señor Antonio Pérez; y el segundo vicepresidente señor Vicente P. Vergara, y el delegado general de las Villas señor Alejandro Bienes, y los señores José Antonio Sarmiento, Miguel Suárez, Felipe Amaral, José Brito, Francisco Rivero, Juan Boza Ortega, Juan Tejera, Vicente Brito, Domingo Montes de Oca, Tomás Triana, Jacinto Cruz, Ramón Rivero, Melchor Estella, Francisco Orive, Santiago Ojeda, todos apreciados amigos y compañeros de excursión;

olvidarán nuestros hermanos de Güines, el pueblo todo, el memorable día 8 de marzo de 1908?

Fue un día de victoria.

XIV.



He llegado de Artemisa. Los canarios de aquel término, como los de Camamajuaní, como los de Placetas y Cienfuegos y Vereda Nueva y Gibara, comprendiendo lo elevado de nuestro ideal patriótico, de verdadera salvación colectiva, han abierto sus brazos a la fraternidad sacrosanta, levantando en aquella rica villa, sobre el edificio de amores y recuerdos, el pabellón amado de nuestra tierra: pabellón blanco como el armiño, así simbolizando la pureza de nuestras ansias de solidaridad canaria.

De La Habana, donde se asienta la Central, partió una comisión hasta allá con la encomienda de posesionar en sus cargos a los entusiastas paisanos que han puesto nombre y alma al servicio de la Directiva. Esta comisión era compuesta por el ilustre P. José Viera y Martín, corazón grande y animoso que no puede faltar en las causas justas; por Vicente L. Brito, patriota sin mancha; y por M. Fernández Cabrera.

Por mí que, afortunadamente, no he faltado a una sola de las fiestas de mi patria en esta otra patria mía, tan noble y tan excelsa por el espíritu bravo y generoso de muchos de sus hijos, como desventurada por las pasiones y ambiciones de los otros, en cuyos cerebros raquíuticos no cabe la idea santa, sublime, de la libertad fraternal.

A las ocho de la mañana tomamos tren con rumbo a Artemisa. El día lucía claro y sereno. A lo lejos el disco astral brillaba

con brillo de fuego, taraceando las verduras del campo con placas áureas. Diré también que el aire corría cuajado de olores a heno y a montaña. La máquina culebreaba veloz por la vía de hierro, deteniéndose de vez en vez con resoplidos de fiera amante. Un pueblo, otro, todos pintorescos y alegradores, desfilaban por nuestra vista envueltos en una apoteosis de palmeras. Llegados a Guanajay, glorioso retiro del glorioso Aramburu, hicimos alto. Montando, muy luego, en un ancho automóvil que dio en correr como poseído del vértigo.

Todo esto cuadraba bien a mi temperamento turbulentamente nervioso. Y así, cuando concluyó el viaje de ida estaba feliz.

En el pueblo de la Delegación nuestros amables paisanos nos obsequiaron con un almuerzo criollo —¡qué puerco asado más sabroso!— aristocratizado con conservas finas y champán inspirador.

Dígalos si no Estella, que lanzó un brindis a todo pulmón. Yo también hablé; pero más bajito.

Cronista veraz haré constar, con sentimiento desde luego, que apenas dije dos palabras lloraron las nubes copiosamente.

A las cuatro quedó constituida la representación canaria en Artemisa. He aquí con que personal:

Presidente: Félix L. Brito; vice: Francisco Vidal Cruz; secretario: Félix Bautista Rodríguez; tesorero: Antonio Hernández; vocales: José Claro Díaz, Francisco Pérez, Antonio Lamas, Belén Martínez, Vicente Chacón, Miguel León Llerena, Francisco Quintana, Francisco Bautista, Domingo Alfonso, Juan Bautista Quintana; médico: Sergio García Barruz; farmacéutico: José María Aguayo.

Podemos estar seguros de que con tales buenas gentes iremos de triunfo en triunfo.

Durante la ceremonia oficial pronunciaron bellos discursos Estrella, el padre Viera y un joven galeno de grandes condiciones: Sergio García Barruz.

Un aparte para Viera.

Fue su oración, una oración magnífica; rica en hondos pensamientos filosófico-morales y afiligranada de estilo. «Yo le había escuchado en varias ocasiones análogas y nunca, es la verdad, lo había hecho tan soberbiamente. Magistral, esta es la frase que debo dedicar al querido amigo.

Yo dije algunas palabras.

Y cuando al morir de la tarde regresábamos a la población capitaléña dije otras, presa de la melancolía; doliéndome de que sea tan fugaz nuestra ventura y tan triste la recordación de ella bajo un cielo plomo en la agonía del Sol.



Delegación de Jagüey Grande.



Delegación de Artemisa.

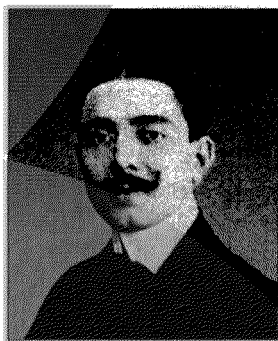


Delegación de Cienfuegos.

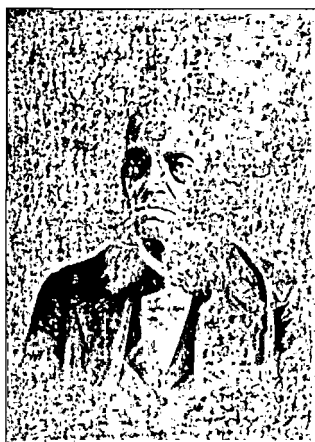




Sr. Miguel Espinosa.  
Notable periodista canario,  
electo representante a las  
Cámaras Cubanas.



Sr. M. Fernández Cabrera.  
Ex-director, con el inspirado  
poeta Sr. Tomás Felipe  
Camacho cuyo fotograbado  
nos fue imposible conseguir,  
de la revista *Cuba y Canarias*.



Dr. Domingo Fernández Cubas.  
En recuerdo de veneración.



P. José Viera y Martín.  
Ilustre sacerdote que ha puesto  
su brillante pluma y palabra  
al servicio de la Asociación.



El presidente y vicepresidente  
de la República, general J. M.  
Gómez y Dr. Alfredo Gayas,  
con el presidente y secretario  
de la Asociación, Sres. Antonio  
Pérez y Pérez y, Dr. Emilio  
Matheu.

El siguiente discurso lo pronuncié en nuestra Casa de Salud el día de la fiesta conmemorativa del 2º aniversario de la Asociación: reconstruido a capricho, ni está en él todo lo que dije, ni dije todo lo que está.

F. C.

Gracias por los aplausos con que me acogéis. Ellos me demuestran que mi palabra os inspira simpatía. Y yo que siempre en mis constantes escarceos de oratoria he aspirado, con cerebro y corazón, al propio tiempo que a enzalzar las

grandezas amadas de la patria y la bondad de nuestra causa social, a conquistarme el aprecio fraterno de mis paisanos, al ver hoy colmadas mis aspiraciones, en expresión elocuente de haberme pedido con insistencia que haga un discurso ante vosotros, me siento poseído de una satisfacción íntima y verdadera; satisfacción, señores, doblemente más grande pues que con vuestro ruego me habéis brindado una nueva y brillante oportunidad, para dedicar justas y sentidas alabanzas a quien noblemente, como la colonia canaria, ha sabido dignificarse; corresponder con gallardía a las exigencias de los tiempos de moderna sociabilidad; apercebirse, briosa y decididamente, contra las fealdades de la vida siempre tan llena de tribulaciones y miserias.

Sí; cada vez que hablo de la obra amorosa y grande de nuestra colonia en Cuba, se me ensancha el pecho de alegría; gozo con el goce que nos pudiera producir el triunfo total de nuestros más preciados sentimientos; y es que alcanzo a comprender, en todo su valer, la alta trascendencia que ella envuelve para el nombre de mi pueblo canario; ese pueblo tan calumniado y tan desdeñado, aun por aquellos que más debieran amarle, gentes torpes y ruines que pretenden, ¡insensatas!, obscurecer el brillo radioso de nuestra historia, los fulgores sagrados, centelleantes, del talento isleño, que ha prendido hogueras de cultura y heroísmo, de patriotismo y arte en todos los países del mundo civilizado y muy especialmente en los de esta América libérrima y generosa.

Yo llamaría a los eternos corifeos de nuestra pequeñez, a aquellos que se placen en zaherirnos y anatematizarnos, a los que llevan en sus almas impuras el desdén olímpico por nuestra tierra y para nuestros hombres, y después de mostrarles el espectáculo incomparable que se desarrolla ante nosotros, espectáculo de grandiosa solidaridad canaria, única manifestación del

espíritu que nos faltaba para nuestra gloria, les diría: oídme difamadores de nuestra raza, pisoteadores de nuestras tradiciones ¿queréis del canario virtudes cívicas de trabajo y patriotismo, de lealtad y valor y abnegación y hospitalidad? Id allá, a las Islas lejanas e inolvidables; llegad a sus ciudades populosas donde triunfa la industria y el comercio; pasad a sus campos de geórgica majestad, campos asoleados [*sic*] que pregonan en pámpanos maduros y espigas aureas el prestigio del brazo isleño; allí, allí le veréis obrero en fábricas y talleres, en el almacén y en la tienda, sufrido e incansable en su labor; allí; allí le veréis campesino ingenuo y honrado, con honradez patriarcal, junto al arado primitivo, guiando feliz las boyadas mansas y taciturnas, con ansias de recoger el fruto santo de sus constantes y ardorosos desvelos....

Eso en la paz, en la guerra... que contesten por mí los ingleses. Venga a la vida Nelson, el gran almirante de la formidable Albión, y junto a la prueba de su brazo perdido al golpe siniestro de la bala isleña, denos nuevamente la de su su expresión pregonando la bravura de nuestros compatriotas aureolados de fama bélica en la epopeya sangrienta del 25 de julio de 1797; en que cada pecho del leal tinerfeño era una fortaleza contra los disparos del enemigo invasor, y cada boca un clarín de victoria, una llamada al combate con el grito sublime de ¡VIVA CANARIAS!, en medio de la refriega homérica.

¡Consagremos un recuerdo de veneración, ya que la cita ha venido a mis labios, a nuestros ascendientes glorificados en la famosa jornada, que enseñaron al mundo, con valentía y arrojo espartano, de cuánto es capaz el hijo de Canarias cuando planta extranjera intente profanar aquella tierra santificada con los despojos, convertidos en polvo centenario, de los invictos defensores de la integridad nacional.

De nuestros hombres; de las grandes figuras canarias que tienen por pedestal al Universo, nombraríaes poetas e historiadores, marinos y humanistas, filósofos y sabios, artistas, jurisconsultos, diplomáticos, guerreros; nombraríaes a Fray Antonio Abreu, latinista eminente; a Cairasco de Figueroa, el inventor de los esdrújulos, el del poema egregio «Templo Militante»; a Clavijo Fajardo, a través de cuya alma pasará al idioma de Castilla la obra de Buffon; a Hoyo Solórzano, marqués de la Villa de San Andrés y Vizconde del Buen Pazo, espíritu de agudeza genial; y a los Iriartes, esos portentos del saber humano; a Fernández Romero, náutico fundador de la capital Uruguaya; a Núñez de la Peña y Viera y Clavijo, historiadores; a Antonio de Viana, médico-poeta; a O'Donnell; a Guillén del Castillo; a los Fernández Ferraz; a Díaz Pimienta y Bencomo y Monteverde y Machado Fiesco; nombraríaes a Teobaldo Power, al músico inmortal, malogrado en el apogeo de su carrera artística, cuyas músicas exquisitas, divinales, me parece que vibran en mis oídos combinando, en un desbordamiento armónico de notas, los sublimes «Cantos Canarios» que resonaron anoche en el teatro Albisu; himno el de la patria, en que parecen estar condensadas nuestras penas y nuestras alegrías; nuestros recuerdos y nuestras esperanzas y nuestros amores...; no digo nuestros odios porque el corazón canario no ha sabido alentarlos jamás.

Esto entre los muertos; entre los eternamente desaparecidos; de los de la hora de ahora, los que aún florecen, el recuento sería inacabable; ciñéndome tan solo a citar un nombre que llena con sus diecisiete letras de oro toda la ejecutoria literaria española, y aún mundial, de las postrimerías del siglo decimonoveno. He nombrado a don Benito Perez Galdós, al coloso de las letras modernas; ese hombre íntegro, incorruptible, que día tras día, con paciencia de minero, viene batallando a golpe de ideas, piqueta demoledora, contra el arcaico y desquiciado

edificio del fanatismo y la reacción, rémora que se opone al avance del moderno ideal redentor, simbolizado gloriosamente en la matrona augusta del gorro frigio y la antorcha brilladora.

Y veo, pues, que engolfado en las intimidades del terruño, no he cumplido con un deber que impone el conocimiento más rudimentario de la cortesía: el saludar a todos los concurrentes a este precioso acto y de manera muy especial a la mujer, que en su representación más galana, más triunfalmente sugestiva, esmalta nuestro alegre festival; a ella que solícita ha acudido aquí a dar más dulzura al acto; a ella, señores, que con sus manos delicadas y nítidas ¡palomas amorosas!, sirvieran la comida a los hermanos enfermos, brindándoles así una alegría más; un nuevo y suave consuelo para sus desolados corazones.

¡Ah!, yo reconstruyo en mi mente la anterior escena; hago cruzar por mi retina el cuadro doloroso y plácido, de angustia y de placer que hemos admirado hace apenas unos instantes; pienso en los tristes y desventurados que orlan la larga mesa, cuajada de flores y de manjares; en esos compatriotas nuestros cuyos rostros pálidos hoy marcan como un signo de vida y esperanza; cuya mirada es mirada de gratitud; y cuyos pechos, tal vez adoloridos, laten violentamente como si el corazón pugnara en ellos por salirse para más luego volar, en las alas del ardiente deseo, al archipiélago lejano y amadísimo; lo evoco todo, lo siento todo, y de lo más íntimo de mi alma canaria brota un sentimiento de amor, que brotará del vuestro, como una bendición sagrada que vaya a caer así una gracia, así una recompensa divina sobre la cabeza de esos generosos compatriotas, puestos al servicio sacrosanto de nuestra causa de reivindicación social, de la que es una expresión gallarda y bendecida esta benéfica «Casa de Salud».

«Casa de Salud». Este nombre piadoso se infiltra en todo mi ser y hace que me sienta presa de la más intensa de las emociones.

Es él para mí tan querido como el de mi madre adorada. ¿Cómo olvidar aquel día angustiosísimo, en que solo y enfermo penetré en este templo de ternura ocupando uno de sus lechos albos? Solo he dicho y he dicho mal; conmigo venía ella, la que me dio la vida que iba perdiendo; ella que me abrasó la frente con un beso de despedida en que se le quedó toda el alma. Y aquí me aguardaban dos hermanos, uno de sangre y otro adoptado por el cariño más verdadero: Miguel Pérez Camacho. A ti, a ti quiero dedicarte un párrafo de esta oración atropellada, a ti que por tu perseverancia y tu talento bien mereces que triunfes, a ti Miguel, que sabes comprender, como yo, el grande, inmenso, incomparable, cariño de hijo; y que tanto contribuiste con tu solicitud y fraternal desvelos a devolverme la salud preciada. También quiero nombrar que sea, al doctor Gustavo Duplessís, ilustre entre los ilustres, que puso en mí el bien de su ciencia y el bálsamo de su palabra consoladora.

Ya, señores, hablo por experiencia propia; no es solo el romantismo del Ideal el que me lleva a elevar los vocablos de elogio para engastarlos en el monumento de caridad consagrado a nuestra tierra de Cuba. En él tenemos, ¡oh madres que quedáis allá llorando terribles ausencias!, asilo venturoso donde guarecernos de la miseria, donde triunfar del abandondono, donde hacerle frente a las malhadadas enfermedades. Y moriremos, sí; quizás moriremos, esa es ley fatal e implacable; pero cuando la negra diosa de las tinieblas llegue hasta nosotros, nos encontrará en algo que es como nuestro, halagados por manos fraternales e invocando el nombre inolvidable de la patria.

Importa pues, paisanos, para conservar estas grandezas, seguir en la vida de acción vigorosa y fecunda de estos últimos tiempos; importa sostener el soberano templo regional en que gomeros y canarios, tinerfeños hijos de La Palma y Lanzarote y



Fuerteventura y El Hierro comulguemos juntos, con las hostias benditas de la paz y de la concordia.

Así y solo así, la airosa edificación nuestra habrá de ensancharse; de crecer más y más subirá muy alta, canarios, tocando con el lienzo de su bandera, la que debe flamear en el más elevado remate, en el mismo cielo; el cielo del engrandecimiento, el cielo de la dicha.

La patria nos lo agradecerá; la patria que está sedienta del amor de sus hijos; que quiere verlos hermanados y redimidos y no esclavos y coléricos; que llora, con lloro maternal, las luchas desgarradoras y dolorosas que en su mismo seno tienen vida; aquella patria que aunque abierta en siete florones sobre la mar, es una y solo una: en el fondo marino se cruzan y se abrazan, con una alma: «¡El Teidel, alma gigantesca que es símbolo triunfante. Seamos como él grandes; alcemos a su altura nuestros corazones, para que no corran peligro de enlodarse con las bajezas humanas y se malogren, por desorden o por torpezas, la libertad y el honor conquistados; y seamos también puros, con la pureza de la nieve que cubre sus picachos altísimos, para alcanzar las bendiciones de los buenos.

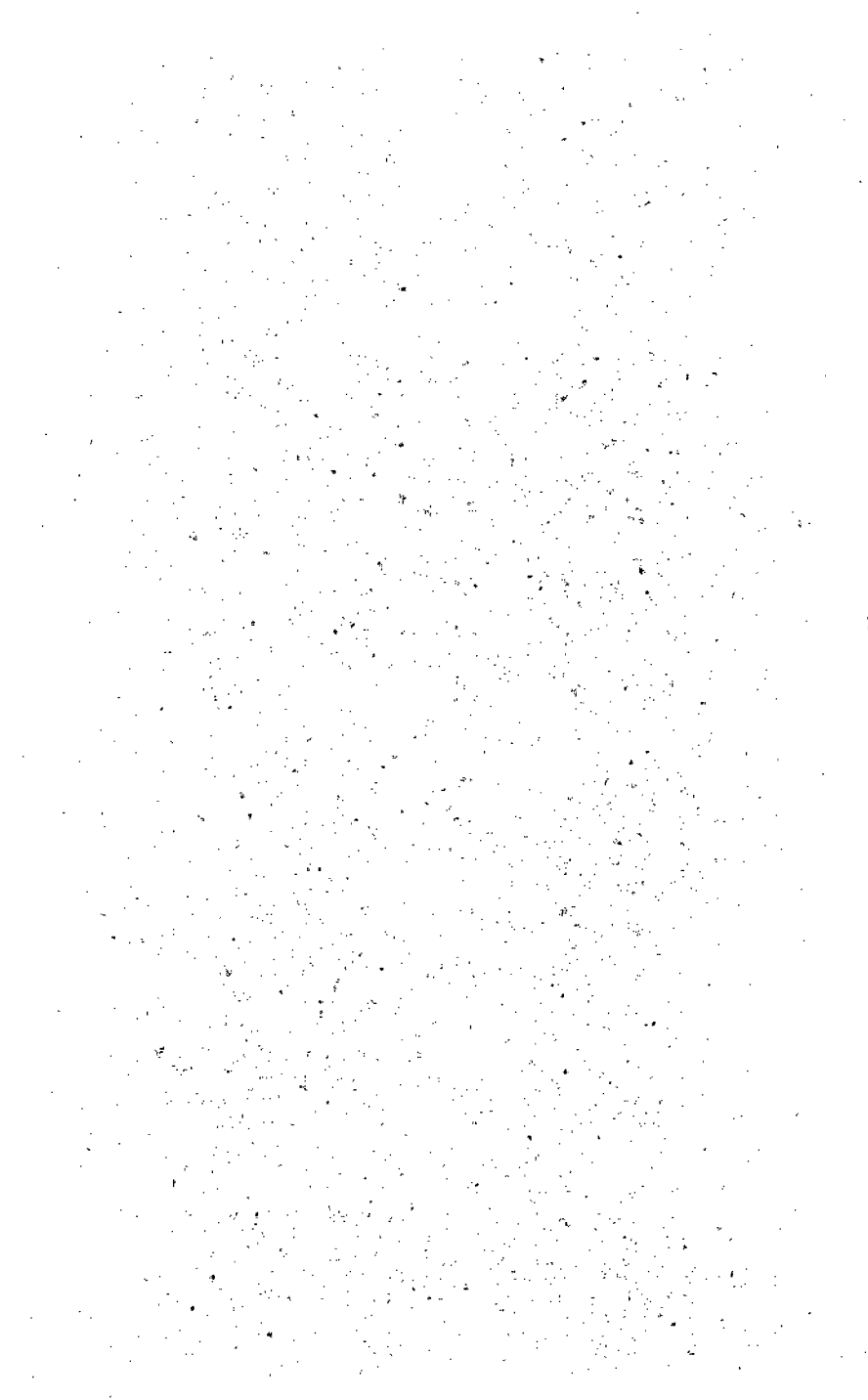
He entrado, sin pensarlo, en el campo de la poesía; donde la imaginación corre a rienda suelta; donde todo nos parece brillante y fantástico; donde libres del afán mundano, parece como que nos sumergimos en un piélago de luz. Y así, surge encantada a mi vista la imagen de las islas lejanas; campos Elíseos de Homero; paradisiacas Afortunadas de los antiguos tiempos; el lugar de los dioses en la leyenda. Surge nimbada de gloria en el esplendor de un crepúsculo, con sus montes de pinos olorosos, sus sierras ingentes, sus manantiales fecundadores, y sus árboles soberbios y milenarios, a cuyas sombras se enamoraran parejas de guanches, aquella raza de atletas y de heroes, raza magnífica y bravía de los Tanasús y Tinguaros y

Guiniguadas y Bencomos. Evoco las primaveras de mi niñez, primaveras rientes, y aquellas brisas alborozadas madrigalizando en limoneros frescos y en almendros floridos.

¡Oh recuerdos sagrados! Yo ansiaría poseer las trompetas más armoniosas de la elocuencia, los registros, todos, de la palabra para entonaros un himno pagano de amor; sois ligeros y sois puros sois fecundos e inmensos; tenéis la suave placidez de los frutos en sazón, de los manjares delicados; dais el bello alegrar de los atardeceres radiantes; traéis a nuestro espíritu, a nuestra sangre, el dulce embaimiento de las creencias místicas. Vaya para vosotros mi adoración; la adoración a las cosas augustas; la que pudieran ofrecer los creyentes a la hostia blanca, inmaculada, purificadora. Vaya mi corazón para Canarias; vaya el de todos nosotros.

Sí; bajo el dosel azul del cielo cubano yo veo que se aleja una bandada de palomas.





## Últimos títulos

- Un canario en Cuba  
*Francisco González Díaz*
- Francisco de Miranda y su ruptura  
con España  
*Manuel Hernández González*
- Canarias-Uruguay-Canarias  
*Fernando Carnero Lorenzo*
- Juan Sebastián Nuez Yáñez (dirs.)*
- Los canarios del lago Budi  
*Maribel Lacave*
- Entre el rubor de las auroras  
*Jesús Giráldez Macía*
- Francisco de Miranda y Canarias  
*Manuel Hernández González*
- El canario Miguel Gordillo en la ciencia  
cubana del siglo XIX  
*Armando García González*
- El Sur dominicano (1680-1795) Tomo I  
*Manuel Hernández González*
- El Sur dominicano (1680-1795) Tomo II  
*Manuel Hernández González*
- Noticia histórica de Arequipa  
*Antonio Pereira Pacheco*
- Americana Thebaida Tomo I  
*Fray Mathías de Escobar*
- Americana Thebaida Tomo II  
*Fray Mathías de Escobar*
- Crónica de las fiestas de la Candelaria  
en Matanzas de 1872  
*Manuel Hernández González [ed.]*
- Los canarios en la Cuba  
contemporánea  
*Manuel Hernández González*
- Don Domingo Cullen  
*Félix A. Chaparro*
- Álbum patriótico conmemorativo  
dedicado a la Asociación Canaria  
*Manuel Fernández Cabrera [ed.]*

## Álbum patriótico conmemorativo dedicado a la Asociación Canaria

En el segundo aniversario de su fundación

*Manuel Fernández Cabrera [ed.]*

Precedido de un estudio introductorio de Manuel Hernández González, el *Álbum patriótico conmemorativo dedicado a la Asociación Canaria*, dado a la luz en La Habana en 1908, con ocasión de su segundo aniversario, es un testimonio fehaciente de la rápida expansión de la colectividad canaria en la Cuba republicana. Es un documento de primera línea para abordar la espectacular eclosión del movimiento asociativo canario en la Gran Antilla en la primera década del siglo XX. En 1909 su número de socios alcanzó los 28 968, superando al asturiano, que albergaba 28 384 y al gallego, que contaba con 24 677. Este libro, que recoge algunas de sus principales actuaciones, ofrece también información de interés sobre sus miembros más destacados.



